

Jose Luis Peset y la historia social de la ciencia

Julio Mateos Montero
Fedicaria-Salamanca

«Cuantas más cosas arrancamos a la naturaleza gracias a la organización del trabajo, a los grandes descubrimientos e inventos, más creemos, diría yo, en la inseguridad de la existencia. Parece que no somos nosotros quienes dominamos las cosas, sino las cosas las que nos dominan. Ahora bien, esta apariencia subsiste porque algunos hombres, a través de las cosas, dominan a los restantes hombres (...) Si queremos aprovecharnos en tanto que hombres de nuestro conocimiento de la naturaleza, hay que añadir a nuestro conocimiento de la naturaleza, el conocimiento de la sociedad humana...»

Bertolt Brecht¹

Introducción donde se presenta a J. L. Peset y las intenciones del que suscribe

Por la propia formación en la juventud y por motivos de profesión pedagógica más tarde, desde hace muchos años tuvimos gusto y afición por la historia de la ciencia². Sin embargo, no sospechábamos las dimensiones y el desarrollo que este ramo del conocimiento ha adquirido en España hasta que emprendimos el presente trabajo y nos aproximamos a su gestación y producciones a través de la obra de José Luis Peset. Al igual que tantos otros ciudadanos éramos víctimas (y culpables) de una marginación académica y educativa que la historia de la ciencia ha padecido en nuestro país y que se proyecta, incluso, en una raquítica vertiente divulgativa. Para transmitir, ahora, el renovado entusiasmo por el tema lo mejor será comenzar por una breve presentación, hecha a grandes trazos, de nuestro personaje y de su obra. Quedan así dichos, de entrada, de quién y de qué asuntos habremos de tratar, abriendo las compuertas por donde han de fluir luego las siguientes páginas.

Así, para arrancar con una afirmación general y contundente diremos que José Luis Peset Reig es el más significado introductor de la *historia social de la ciencia* en España. Nació en Valencia en 1946 y pertenece a una familia en la que hubo y hay una nutrida presencia de médicos, historiadores, médicos-historiadores, profesores universitarios y, en general, profesionales que heredaban una bien conocida tradición liberal-democrática encarnada en lo que en algún momento se llamó *fuerzas de la cultura* o acervo en el que Carlos Lerena situaría el *ethos* de las clases medias cultivadas³.

J. L. Peset supo aprovechar y encauzar desde la juventud la influencia de ese ámbito familiar, especialmente la de su hermano Mariano y de su primo Vicente Peset Llorca; influencia que se vio muy pronto reforzada o enriquecida con el estímulo de otras destacadas figuras de la historia de la medicina y la historia de la ciencia hispanas, como José María López Piñero, Luis García Ballester, Luis Sánchez Granjel, Pedro Laín Entralgo o Agustín Albarracín, ... De hecho, hay una relación cruzada, personal e intelectual, entre estos autores y otros, la cual invita a una interesante reflexión sobre la complicidad en la socialización y generación del conocimiento, sobre la fuerza de la amistad e incluso del afecto entre determinadas mini-comunidades aunadas por similares inquietudes intelectuales. También induce a reflexión sobre los mecanismos de propagación horizontal y de continuidad en el tiempo, a pesar de convulsiones y rupturas de diversa índole que han atravesado España en el siglo XX. Esas relaciones de amistad, familiares y académicas, están, incluso, implicadas en la constitución de tramas institucionales que han sido muy importantes, tanto en el desarrollo de la historia de la medicina, como de la historia de la ciencia más tarde. A ellas pertenecería la que terminó por vincular el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y la Universidad de Valencia y que derivó en la creación del importante Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, fundado, en 1985, por López Piñero⁴. Digamos que José Luis Peset estuvo desde su juventud en directa relación con una generación de historiadores de la medicina e historiadores de la ciencia, de dentro y de fuera del CSIC. Generación que heredaba tradiciones anteriores a la guerra civil vinculadas especialmente a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), como la del matemático Julio Rey Pastor (1888-1962) o la del arabista José M^a Millás Vallicrosa (1897-1970)⁵.

Aunque J. L. Peset se doctora en Medicina y Cirugía en la Universidad de Salamanca en 1972, en ese momento ya rondaba por su cabeza dedicarse a la historia de la medicina⁶, de la psiquiatría y de la ciencia, parcelas que en la misma década de los setenta ya abordó en distintas publicaciones, sólo o en colaboración con otros autores (ver bibliografía). No obstante, el tema de su tesis doctoral, la historia de la institución universitaria (centrada en ese primer trabajo académico en las reformas ilustradas de la Universidad de Salamanca: *La enseñanza de la Medicina en Salamanca durante el reinado de Carlos IV*) será recurrente en la obra de José Luis Peset tal como se pone de manifiesto en los seminales trabajos dedicados al *alma mater* hispana de tiempos pretéritos en colaboración con su hermano Mariano, los cuales constituyen una

aportación documentadísima y renovadora, imprescindible no sólo para la historia de la Universidad⁷ sino, en general, para la historia de la educación y de la cultura españolas. Concluiremos esta primera aproximación biográfica del profesor Peset en pocas líneas, acudiendo, por un momento, al estilo de las semblanzas que son más propias de enciclopedias o de un convencional *currículum vitae*. Una breve concesión a la eficacia que hacemos un poco forzados.

Después de doctorarse, José Luis Peset va a trabajar con Pedro Laín en el CSIC (primero como colaborador y como investigador) y en esta institución permanece, desde 1986 hasta el presente, como Profesor de Investigación de su Instituto de Historia⁸. Fue director del Departamento de Historia de la Ciencia de dicho Instituto de Historia y coordinador del área de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC. Estuvo en los comienzos y fue promotor en 1976, junto a otras personas, de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia (SEHC) que al año siguiente empieza a editar su revista *Llull*, la cual contiene en sus páginas una sustanciosa muestra de las aportaciones españolas desde la transición democrática hasta el presente, un tiempo que, por diversas circunstancias, podríamos considerar el de la generación de José Luis Peset⁹. También ha participado en la Sociedad Española de Historia de la Medicina y otras sociedades similares en Latinoamérica. No ha quedado, por tanto, exento de las tareas organizativas, de gestión y coordinación, de creación en definitiva de tejido institucional en su campo, como fue el llevar el Programa Movilizador del CSIC *Relaciones científicas y culturales entre España y América*¹⁰. Éste es uno de los dieciséis proyectos de investigación en los que J. L. Peset ha participado, apareciendo, primordialmente, como investigador principal en aquellos que trataban sobre relaciones culturales y científicas entre España y América. Diversos cargos, tareas y publicaciones dan idea de una dilatada y fructífera vida como investigador, más productiva de lo que es habitual pues la actividad investigadora de J. L. Peset comenzó muy tempranamente. En dicha producción se acumulan casi tres decenas de libros, cerca de ciento cincuenta capítulos de libros y un número de artículos en revistas científicas muy difícil de precisar, pero que son muchos en cualquier cálculo (la selección bibliográfica que se incluye después da una idea de las dimensiones cuantitativas y entidad del conjunto de la obra). Ha sido profesor en las Universidades Autónoma y Complutense de Madrid, realizado estudios y participado en seminarios, conferencias y congresos en Europa y América. Ha sido director de la revista *Asclepio*¹¹, también de *Llull*, y miembro de los consejos editoriales de *Dinamics*, *Frenia (Revista de Historia de la Psiquiatría)*, *Revista de la Asociación*

Española de Neuropsiquiatría, The Journal of Medicine and Philosophy, Humanitas, Revue Sociologie Santé, entre otras. La última distinción que ha recibido es su nombramiento como presidente del *Bureau del Comité Internacional de Ciencias Históricas*, en septiembre de 2005, siendo el primer español que ocupa dicho cargo en la prestigiosa institución encargada de organizar congresos internacionales de historiadores.

Salvada con estas últimas líneas la necesidad de un sencillo perfil introductorio de nuestro personaje, podemos pasar a consideraciones valorativas y analíticas de su trabajo.

Sólo con la obra publicada del primer cuarto de su vida intelectualmente productiva (la década de los setenta) se aprecian unos rasgos característicos de José Luis Peset que, con el tiempo, se irán ampliando y desarrollando.

En primer lugar nos llamó la atención una sana proclividad al trabajo en equipo (que en aquellos años no era cosa frecuente). Lo ejerce, con personas muy allegadas, como su hermano Mariano Peset o Elena Hernández Sandoica, con amigos y colegas que cultivan las mismas disciplinas u otras diferentes. Así, J. L. Peset ha forjado una obra, con mucha frecuencia, mediante el trabajo colegiado y colaborativo. Es decir, con un proceder que también nosotros cultivamos con cierto empeño y que, con todas sus dificultades, contiene potenciales siempre por explotar, porque, además, la labor en equipo no impide, sino que por el contrario azuza y fortalece, el esfuerzo solitario e individual¹². Como ejemplo expresivo de trabajo en equipo que repercute en visiones superadoras del especialismo, cabría citar *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa*, una obra de juventud o, si se quiere, de primeriza vocación para el trabajo interdisciplinar (Peset, J. L. y otros, 1977a). Un médico e historiador (J. L. Peset), un matemático e historiador de esa materia (Santiago Garma) y un contemporaneista (Sisinio Pérez Garzón) acuerdan unir esfuerzos, al calor de la naciente Sociedad Española de Historia de la Ciencia (SEHC) y animados por la experiencia e inquietudes compartidas, buscan y consiguen con notable éxito una historia integrada donde se descubre la trama formada por las condiciones socioeconómicas, ideológicas y políticas, la ciencia y la técnica, la cultura y la educación en el proceso de la revolución burguesa de la España decimonónica, sin olvidar la acción de profesionales e instituciones. Es, fundamentalmente, un libro de historia de la educación, con enfoques muy novedosos para la época y escrito por personas externas a un campo frecuentado, principalmente, por pedagogos e historiadores de la educación¹³.

En estrecha relación con lo anterior hay que mencionar la tarea de traspasar fronteras disciplinares, requisito imprescindible para una historia social de la ciencia (y muy deseable en prácticamente todo cultivo del conocimiento). J. L. Peset se mostró siempre bien dispuesto a plantearse incursiones en disciplinas diferentes, a problemas de campos distintos, aunque dentro casi siempre de una perspectiva histórica que estudia la naturaleza social de la cultura y el conocimiento desde la problematización del presente. Por citar algunos temas, sin ninguna precaución sistemática: la institución universitaria, la ciencia y la técnica en Iberoamérica, la psiquiatría, la medicina legal, la enfermedad epidémica, la función de la ciencia en la marginación social, la institucionalización de la ciencia y de la técnica, la salud pública, entre otros.

Una tercera cualidad de la que se beneficia la historia de la ciencia cultivada por J. L. Peset es la minuciosidad y afinado fundamento heurístico con los que exprime fuentes de distinto tipo para construir una genealogía de los problemas tratados. Aludimos explícitamente al carácter genealógico de algunas de sus obras, sin temor a que se hagan apresurados juicios que, de pronto, pudieran convertir a Peset en un autor foucaultiano. Habremos de aclarar tal aspecto de inmediato. Desde sus primeros textos el autor deja constancia de un trabajo empírico especialmente minucioso, extensamente documentado desde fuentes primarias y secundarias, un trabajo, precisamente, digno de aquel proceder que M. Foucault atribuyese al genealogista: «*La genealogía es gris; es meticulosa y pacientemente documentalista. Trabaja sobre sendas embrolladas, garabateadas, muchas veces reescritas.*»¹⁴. Coincidimos con Rafael Huertas¹⁵, en que una obra con ese nítido sabor genealógico es *Ciencia y marginación: negros, locos y criminales* (Peset, J. L., 1983b). Siendo una de las lecturas con las que más hemos disfrutado en estos últimos meses y por la luz que puede dar a este ensayo pide una apretada síntesis.

Ciencia y marginación desvela la contribución de las comunidades científicas del siglo XIX al establecimiento de diferencias entre los grupos humanos (negros, locos y criminales) que serán objeto de discriminaciones y opresión. El morfologismo determinista, el imperante científicismo de la época no fueron independientes de los procesos de expansión colonial y desarrollo del capitalismo, pues con las ideas científicas aceptadas como verdad se legitimó la inferioridad de sujetos en un orden jerárquico conveniente a la sociedad industrial. Insinuado muy escuetamente el contenido volvamos al carácter genealógico de la investigación. Para escribir la obra Peset llevó a cabo una rigurosa investigación que pone bajo sospecha la solidez de la

verdad interna de la ciencia y desvela su vulnerabilidad (o dependencia) ante las fuerzas complejas, contrarias y cambiantes de los contextos (económicos, sociales, políticos, ideológicos, religiosos,...). Tomemos el surgimiento de la medicina legal y su correspondiente campo profesional siguiendo *Ciencia y marginación* (aunque es asunto estudiado por Peset en distintas investigaciones). Diversas versiones próximas a la del poseído dominaban durante la Edad Media la identidad del loco del cual se encarga la Iglesia. En el s. XVIII, con el absolutismo, aparece la idea de peligrosidad social (reclusión en los llamados hospitales generales) y, luego, con los reformadores médicos, la del enfermo que necesita tratamiento. En el siglo XIX la medicina y el derecho, como dos caras de una misma moneda, encuentran sus espacios de saber y poder en la constitución de la medicina legal y en la regulación de la locura. Primero, en la Revolución Francesa el médico F. M. Fonderé, crea el campo de la medicina legal, surge el médico como experto que interviene en los juicios no ya como testigo excepcional, sino como experto que determina el dictamen judicial. Pinel está en el origen del asilo en la era positivista. El médico ejerce en el asilo como juez y represor: condena, recluye, castiga, cura,... en el asilo el médico es el rey (es importante el hecho que recuerda J. L. Peset: las penas privativas de libertad son más bien cosa del derecho moderno). La simbiosis de médicos y juristas tiene un momento especialmente boyante a finales del siglo XIX, con Cesare Lombroso y la escuela criminalista italiana. Poco a poco se rompe el mito roussoniano del buen salvaje. Cada vez más la locura (como la tuberculosis) va siendo una cosa de pobres, de delincuentes, de envilecidos marginados y no cosa (como en otro tiempo lo fue) elegante y literaria de clases burguesas. Las relaciones entre médicos y jueces no fueron, desde luego idílicas, pues –como demuestra Peset– reiteradamente estos dos campos de saber y poder compiten y se niegan mutuamente, al tiempo que forjan la moderna medicina legal. La posibilidad de locura parcial como eximente, la locura moral (*moral insanity*), la somatización de la enfermedad mental, el cerebro como un bloque total, la capacidad de distinguir el bien y el mal mediante la aplicación del *test of right and wrong*, son algunas de las cuestiones debatidas en el XIX, durante la constitución de la medicina legal. Los médicos señalan una y otra vez el carácter científico y novedoso de sus conocimientos frente a las resistencias de los juristas anclados en viejos procedimientos y códigos. Y, así mismo, es recurrente la queja sobre los abogados, más atentos a ganar la causa que al descubrimiento de la verdad, para lo cual no dudarían en ridiculizar al experto médico públicamente con triquiñuelas y trampas durante el interrogatorio.

Como decíamos, en *Ciencia y marginación* nos encontramos ante un ejemplo de rigor en el trabajo de archivo que se sitúa en los antípodas de la imagen que, desafortunadamente, han contribuido a propagar determinados usos –“fáciles”, “de catecismo”, como dice López Piñero– del discurso foucaultiano. Quien se ha ocupado, como lo ha hecho Peset, de la psiquiatría y de la medicina legal como creaciones socio-históricas, productoras de saberes y poderes, y especialmente en estudios relacionados con la locura, la delincuencia y otros grupos fuera de la norma, forzosamente han de ver en Michel Foucault una referencia insoslayable; preciso es reconocer que, en ese terreno, el pensador francés marca un antes y un después. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que se pueda adscribir o identificar la obra de José Luis Peset a una corriente de pensamiento determinada. Él ha recogido distintos útiles teóricos mediante una amplia formación y una mente abierta para ponerlos a disposición de su trabajo de la forma que resultase más oportuna¹⁶.

Aún quedarían algunos rasgos en la obra de José Luis Peset que han ejercido como fuerzas de atracción para nosotros y que podrían englobarse bajo el rótulo de una historia social de la ciencia de raigambre crítica. Corren tiempos en los que es necesario aportar, al menos, las razones que nos llevan a reputar tal o cual obra, tal o cual pensamiento de “crítico”. En nuestro caso lo es, porque Peset ha contribuido de forma muy notable a desmontar el mito de la ciencia como una cierta y segura acumulación de saberes que progresan en la única senda de la verdad positiva, así como a combatir la falacia de una historiografía de la ciencia que presenta la esforzada aventura de genios individuales, desinteresados buscadores de la verdad. Es decir, se ha opuesto a la complaciente concepción teleológica del progreso histórico, lo cual implica “deseternizar” las verdades de la ciencia, huir de todo presentismo al hacer historia de la ciencia y, también, tener muy en cuenta la recepción de las ideas científicas y filosóficas en contextos distintos a los de su producción¹⁷. Cuando no se escruta el pasado con estas precauciones olvidamos los factores históricos que condicionan la producción, difusión y recepción de todas las manifestaciones culturales, estamos abocados al presentismo y otorgamos a los científicos de otro tiempo intenciones y significados que, muy erróneamente, parecen aportaciones a una especie de doctrina suprahistórica, preexistente. Pero, al tiempo, «es preciso situar de un modo global al lector como productor de significado dentro de su contexto histórico (...) . De este modo podríamos reclamar, (...) una historia de la ciencia o del pensamiento desde el punto de vista del lector de cada época» (Peset, 1983a: 15). Es decir, conviene aplicar, por un lado, un

enfoque genético-sociológico que nos proteja del presentismo y, por otro, una metodología de la recepción mediante la cual apreciaremos las peculiares formas en que cada autor e idea fue percibida en uno u otro lugar y tiempo. Así mismo, atendiendo a la recepción de la ciencia nos encontramos con autores, prácticamente olvidados en el presente, que en su tiempo influyeron con fuerte impacto.

Dichas previsiones metodológicas, al lado de un compromiso ético nada complaciente con los triunfadores, han inducido a J. L. Peset, al menos en una parte de su obra, a ocuparse de una historia de la marginación en un doble sentido. Tanto de los marginados en distintos contextos sociales por su condición de pobres, de esclavos, de delincuentes, de apestados, de locos, etc., como de la marginación que la misma historia de la ciencia y del pensamiento ha construido respecto a los heterodoxos, a los excluidos de la nómina de autores que la ideología dominante elabora y legitima para que sean recordados. En 1983 (un año especialmente productivo en nuestro autor) aparecen dos obras que, respectivamente, se ocupan de los excluidos en este doble sentido: la ya mencionada *Ciencia y marginación: negros, locos y criminales* y *De la alquimia al panteísmo. Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX*. Este último libro¹⁸ (Núñez, D. y Peset, J. L., 1983a) se compone de sustanciosos estudios críticos, a propósito de una antología de textos de siglo XVIII y XIX de autores que no han sido reconocidos en los cánones de la ortodoxia, sino que por el contrario hoy son “ampliamente desconocidos”, es decir: marginados por causas políticas y/o religiosas. Parece que J. L. Peset y D. Núñez hubiesen seguido el acertado consejo de Josep Fontana que leímos hace poco tiempo y que recomendaba usar la nómina de heterodoxos de Menéndez Pelayo para orientarnos en lo que merece la pena ser leído. Mediante este tipo de estudios se desvelan los criterios externos que no sólo condicionaron la producción intelectual en su momento, sino que dictaminaron la selección de lo que se consideraba legítimo de ser recordado. Es decir, los motivos del juego de memoria y olvido con los que también se construye la historia de la ciencia y el conocimiento. También la condición de olvidados les ha sobrevenido por la depuración que la historiografía dominante realiza a la hora de conformar un relato positivista, elitista e individualista en el que la ciencia y las ideas han recorrido una heroica marcha triunfal hasta el presente sobre las espaldas de grandes personajes, de «*ilustres genios que marcharían sin descanso por una senda única, camino de la “perfección actual”*» (p. 14). Se procede aquí a rescatar esos textos y la intencionalidad de sus autores en el momento que se escribieron. Recurrir, recuperar o glosar a estas

figuras de la marginación es un ejercicio no sólo imprescindible para hacer frente a ese elitismo del sujeto de la historia, sino que pone freno a la frecuente práctica de análisis del pasado con las miradas del presente, como si el saber de hoy ya estuviera latente en los autores pretéritos. Por el contrario se trataría de analizar sus aportaciones en función de los problemas que tenían planteados en su tiempo. Los autores señalan (también aquí) su interés en superar la explicación internalista en el estudio del pasado cultural, siendo imprescindible la consideración de las condiciones históricas en la producción, difusión y recepción. Dicen respecto al fenómeno de la recepción: «*Hoy día, junto al enfoque genético-sociológico, es conveniente ponderar las recientes aportaciones de la metodología de la recepción, que nos procurará la sorpresa de descubrir cómo textos hasta ahora despreciados fueron mucho más leídos y tuvieron mucha más repercusión que algunos otros considerados hasta hoy como hitos esenciales de nuestra historia*»

Dentro de la misma problemática han de señalarse unas consideraciones de J. L. Peset y D. Núñez obtenidas a la luz de los discursos de aquellos heterodoxos olvidados por los oficios del rampante vaticanismo conservador e hispano, y que deberían llamar la atención de los que cultivamos la historia del pensamiento y de la pedagogía. Una serie de autores heterodoxos del liberalismo decimonónico desarrollan un pensamiento filosófico - religioso - social de claras connotaciones armonicistas, panteistas, racionalizadoras de la idea religiosa, con proyección a la vida práctica¹⁹. Esta creación, en muchos aspectos original y autóctona, recuerda al krausismo, aunque se produce antes de la recepción de Krause en España, con independencia del pensador alemán. Una especie de “krausismo sin Krause”. Núñez y Peset exponen cómo esa corriente de pensamiento se adapta muy bien a las condiciones culturales del liberalismo hispano. Dado el erial cultural que era España, importar ideas se veía como una exigencia. Y puestos a ponerse al día mediante esa tarea importadora, fue preciso hacerlo de la forma más “económica” y rápida. Por tanto, Sanz del Río no importa cualquier cosa sino, precisamente, aquello que sintonizaba con las necesidades y posibilidades teóricas del liberalismo de la época (*ob. cit.*: 327). Pero hay diversas lecturas, tanto de Krause como de otros autores y no es lo mismo el Krause alemán que el español, constatación por la cual Núñez y Peset nos vuelven a recordar la metodología de la recepción.

Aparte de otros hallazgos que aún podrían ponerse de relieve tanto en *Ciencia y marginación* como en *De la alquimia al panteísmo*, en ambos textos ya está presente y patente buena parte de la caracterización de la obra de Peset que hemos hecho hasta aquí. En una y en otra obra el autor se aplica a recoger los cadáveres que la triunfal

marcha del progreso científico dejó en la cuneta para ponerlos encima de la mesa. Ésta es por tanto, una historia de la ciencia no elitista, no individualista, no teleológica, problematizadora del presente y de la ciencia como única e incontrovertible. Es decir, una historia crítica.

Hasta aquí hemos presentado con algún detalle aspectos cualitativos que nos parecen más sintomáticos en la obra de J. L. Peset, yendo un poco más allá del mero enunciado. No obstante con el desarrollo de los mismos, tirando de esos hilos, bien puede urdirse la trama que reconstruye el largo y fecundo trabajo de investigación que nos ha legado el autor.

Una urdimbre de inquietudes en la que nos cruzamos reiteradamente con el pensamiento de José Luis Peset.

Diremos algo sobre los motivos que nos han llevado a plantear este *Pensando sobre José Luis Peset*, pues de ello se derivarán algunas otras cuestiones de interés más general. ¿Por qué la obra de un historiador de la ciencia ha atraído poderosamente la atención de miembros de un colectivo (Fedicaria) que, para mucha gente, tiene como horizonte (y límites) la enseñanza de las ciencias sociales? Posiblemente sea porque José Luis Peset es algo más que un historiador de la ciencia en un sentido tradicional y la Federación Icaria es algo más que un movimiento pedagógico al uso. Para atemperar esta falta de modestia por nuestra parte digamos que todos, sujetos individuales y colectivos, somos productos de nuestra actividad, y que la intensidad de algunas aventuras intelectuales causa, no sin esfuerzo y tiempo, la ruptura con los moldes primeros, con el oficio original y con el conocimiento que nos puso en marcha. Tal vez la progresiva expansión y diversificación del interés intelectual que mueve a J. L. Peset sea un prolongado bucle que va y viene de la historia de la ciencia a la historia de la cultura; y en nuestro caso el motor sea un recurrente ir y venir entre la *historia de la educación* y la utopía razonable de una *didáctica crítica*. El caso es que siguiendo los giros más señalados en el curso de nuestro propio pensamiento, encontramos, sin mayor esfuerzo, cruces o puntos de encuentro con algunas enseñanzas que abundan en la obra del investigador valenciano. Esta coincidencia, como suele ocurrir cuando se trata de esas coincidencias que calificamos de felices, ejerce el favorable efecto de seducción intelectual que mencionábamos unas líneas más arriba.

ConCiencia Social nació como una publicación bastante circunscrita al campo profesional de sus promotores: mayoritariamente profesores de Ciencias Sociales pero

pronto perdió ese carácter (al menos como especialización) y fue ampliando el espectro de problemas y campos temáticos, rompiendo en continua expansión fronteras disciplinares. Ya en el segundo número de la revista nos acercamos muy modestamente a la historia de la ciencia con una reseña de libros o guía bibliográfica para los profesores que deseaban, por convicciones pedagógicas u otras, tender puentes entre las enseñanzas de las ciencias experimentales y las ciencias sociales²⁰. Nos movía la preocupación por la escisión entre la ciencia y las humanidades. Es decir: el reflejo en la enseñanza del problema y la polémica de *las dos culturas* que con tanta resonancia desencadenara C. P. Snow en 1959²¹. Primer cruce: José Luis Peset hace una temprana lectura de la famosa obra de Snow, y *las dos culturas* se convierte en objeto de sus preocupaciones. Consciente de enfrentarse a un viejo “diálogo de sordos” sin resolver, parece que una de sus ambiciones es llegar a superar tan veterana barbarie de incomunicación entre “las letras” y “las ciencias” y conseguir que, al menos, algunos se reúnan (¡nos reunamos!) para hablar un nuevo lenguaje construido en una versátil *historia de la cultura*.

Mientras un futuro más deseable llega, las virtualidades de la historia de la ciencia en la enseñanza nos siguen pareciendo muy ciertas. Podemos ilustrar ese parecer, a raíz de la propia experiencia docente referida a uno de los más vetustos temas del conocimiento escolar. Siempre tuvimos a la enseñanza del sistema métrico decimal como un caso especialmente desafortunado y desaprovechado, tanto por su tratamiento en las tradiciones prácticas del aula como en los textos escolares. Sin embargo es éste un tema no sólo importante y merecedor de aprender de otra manera (aún hoy se entiende su enseñanza en los mismos términos utilitarios que cuando se introdujo en las escuelas decimonónicas), sino que, con un tratamiento histórico y una adecuada atención didáctica, se llena de sugerencias y nos lleva a no pocos misterios de la vida social y de la ciencia. En términos generales lo que hacíamos con nuestros alumnos era una especie de introducción histórica para contextualizar la arbitraria (aunque muy racionalmente justificada) creación del metro y todas las medidas de longitud, superficie, capacidad y masa que de la unidad fundamental se derivan. Explicábamos, claro está, las necesidades y la mentalidad que creaba esas necesidades: la expansión comercial, el orden racional, la universalidad, la inmutabilidad acorde con la naturaleza, los intereses del moderno estado-nación, el centralismo administrativo, las condiciones de precisión de las mediciones, etc. Había por entonces algunas (pocas) obras sobre la introducción del sistema métrico decimal en España que, además, ni llegamos a leer. Procedíamos,

como casi siempre, con elaboraciones confeccionadas de retales cuyo origen nosotros mismos no controlábamos. Juan Gutiérrez Cuadrado y José Luis Peset, escribieron no hace muchos años (1997) *Metro y Kilo: el sistema métrico decimal en España*, un breve trabajo que documenta y enriquece con nuevos matices la perspectiva histórica de aquel fructífero consenso, construido con preclaras ambiciones de modernización (aunque la generalización y definitiva consolidación en España de la genial iniciativa francesa, se hizo con no pocas dificultades). Al ser J. Gutiérrez un filólogo, conocedor de la historia de la lengua, el análisis lingüístico contribuye a desentrañar la “adánica labor” de los nombradores que hubieron de inventar la nomenclatura de las nuevas unidades de medida; cuestión no menor, pues tras las terminologías se escondían las batallas políticas (nacionalismo/universalismo), pedagógicas, de adaptación a los cambios, etc. Por otra parte, la aventura modernizadora de los criterios e instrumentos matemáticos y físicos de medir es ciertamente complicada. Y tiene, por añadidura, una faceta atinente a la historia del conocimiento escolar, a la historia de la formación del magisterio que está llena de interés. ¿Qué se deduce de esta digresión? En primer lugar pone de manifiesto el interés que tiene poner en relación aportaciones de la historia social de la ciencia y el conocimiento escolar, posiblemente mediando la formación del profesorado y otras estrategias. La recepción y difusión del nuevo sistema francés tuvo uno de sus pilares en las escuelas y fue motivo de preocupación política y pedagógica en la erección de nuestro sistema de enseñanza (Gutiérrez, J. y Peset, J. L., 1997). También nosotros hemos estudiado cómo los viejos normalistas como J. Avendaño y M. Carderera perseguían la rápida y eficaz difusión de las denominaciones y las tablas de equivalencia acudiendo, incluso, a los medios intuitivos y representaciones de todo tipo. Sin embargo queremos señalar que para maestros (pocos, una ínfima minoría más ilustrada) y pedagogos de mediados del XIX, una buena parte de las circunstancias externas que rodeaban la novedad métrica eran evidentes porque las estaban viviendo, ellos formaban parte del drama y, sin duda, eran conocedores de los trabajos de G. Ciscar y otros. No olvidemos que la constitución formal del modo de educación tradicional elitista (ley Moyano de 1857) coincide en la época y forma parte del mismo proyecto político y cultural que trae a España el sistema métrico decimal. Sin embargo, para los muñidores de programas y cuestionarios de enseñanza del presente eso ya no es así; los “orígenes” se han olvidado y la necesidad de enseñar el sistema métrico decimal aparece desproblematizada, sin historia, ... un asunto en el que cuesta ver las fuertes implicaciones sociales que acompañaron a su invención.

Decíamos, antes del ejemplo, que veíamos el potencial pedagógico de la historia social de la ciencia, y añadimos que eso es así, especialmente, para el desarrollo de una *didáctica crítica*. Entendemos por *didáctica crítica* una actividad teórica y práctica, refractaria a toda tecnología educativa y que no puede pautarse; lo cual no empece para que nos hayamos esforzado en imaginar postulados orientadores, principios que al menos desencadenen esa actividad de pensar y actuar, aunque sabemos que entre ambas dimensiones no hay una armónica coherencia. Pues bien, entre los postulados fedecarianos de esa índole e intención cabe señalar aquí tres de ellos, *pensar históricamente, problematizar el presente e impugnar los códigos pedagógicos y profesionales*. Su significado y relaciones mutuas invita, inmediatamente, a mirar a la historia de la ciencia, más concretamente a la historia social de la ciencia, como un referente inestimable. Claro está que no vale igual cualquier historia de la ciencia. También en este ramo del saber se puede hacer una historia teleológica, donde el relato del progreso y de la heroica aventura de la ciencia se ponga al servicio del arsenal de legitimación simbólica de lo que Mills llamaría "símbolos del amo"; un uso del pasado que contribuye a la aceptación complaciente del presente y pretende protegerlo de la heurística de la sospecha y del estilete de la crítica. Generalmente la historia de la ciencia contemporánea fue hecha por científicos, imbuidos de la grandeza de la ciencia y, desde esta perspectiva, la historia de la ciencia servía para resaltar los triunfos del presente tras una larga búsqueda de la verdad. José Luis Peset recoge unas palabras de uno de los más destacados historiadores de la ciencia, George Sarton, quien escribía: «Si tenemos en cuenta que la adquisición y sistematización del conocimiento positivo es la única actividad humana verdaderamente acumulable y progresiva comprenderemos en seguida la importancia de esos estudios. El que quiera explicar el progreso de la humanidad, tendrá que centrar su explicación en ese quehacer, y la historia de la ciencia, en este sentido amplio, se convierte en piedra angular de todas las investigaciones históricas»²². No puede decirse con más claridad y más fe. Se encontraría la visión de G. Sarton en lo que J. L. Peset considera enfoque *epistemológico*, que junto al *contextualizador* y el *crítico* él identifica como las formas de encarar la historia de la ciencia más significadas. El enfoque epistemológico da lugar a una historia internalista, que explica la evolución de la *verdad interna* de la ciencia, siendo prácticamente inevitable que sus practicantes mantengan un apego al objeto de estudio (la ciencia) que suele impedir cualquier distancia crítica del mismo. No obstante, hay que dejar constancia de que José Luis Peset, estando claramente situado

en una perspectiva crítica, no exhibe en ningún momento la mínima actitud excluyente, descalificadora de las otras posiciones. Creemos que de esta forma acierta, al reconocer el enorme mérito de un Sartre, de un René Taton²³ o un Aldo Mieli, entre los autores extranjeros o de los predecesores y maestros del mismo J. L. Peset en el ámbito hispano. Bien. Pues frente a aquella función de la historia de la ciencia que enaltece y sirve a la razón instrumental en la que se desenvuelve la hegemonía de la ciencia, hay una “otra historia” que se hace desde la distancia crítica a la ciencia y a su función social. La historia de la ciencia como conocimiento desmitificador de la ciencia. Segundo cruce: esta perspectiva es análoga a la que nosotros hemos mantenido y practicamos con una historia de la educación (genealogía) que pone bajo sospecha a la misma institución educativa, a la escuela como creación de la era del capitalismo.

Veamos un tercer cruce entre la obra de J. L. Peset y nuestro trabajo. Pensar históricamente equivale a rehacer la genealogía de los problemas del presente y algunas de nuestras tentativas de una didáctica crítica se apoyan en una organización del conocimiento a partir de problemas relevantes del mundo actual. En la mayor parte de los estudios históricos que propone y construye J. L. Peset palpita ese mismo principio. Así puede decirse que la autonomía universitaria, las relaciones entre los estudios superiores y el poder, los límites y alcance de las reformas universitarias, son dilemas del presente que no se ven igual después de conocer los resultados de las investigaciones sobre la Universidad a las que ya hemos aludido. Y otro tanto sucede con temas que ocupan puestos principales en la obra de Peset, como son los múltiples fenómenos de marginación, las radiografías del “fracaso”, que hoy están en carne viva y que forman un conjunto de inabarcables dimensiones. ¿No resultan imprescindible para entender las “razones de su sin razón” estudios como los que hicieron los hermanos Peset sobre la escuela positivista de criminología fundada por Cesare Lombroso o los que se ocuparon de la obra de Phillippe Pinel, como exponente de la fundación del moderno tratamiento psiquiátrico? Esto es así, aunque no podamos desplegar aquí argumentos en apoyo de ese convencimiento²⁴.

Cierto es que la idea de integrar ramas particulares de la ciencia en el análisis histórico y de organizar el estudio a partir de problemas no es nada nuevo y está presente en el primer tercio del siglo XX. Recordamos, en particular, una vieja lectura de la *Historia de la Biología*, del profesor Charles Singer, publicada en Oxford en el año 1931²⁵. Allí se dice que «más satisfactorio que la historia de una ciencia desde el punto de vista intelectual es, seguramente, el análisis de la historia de un problema.» (*ob. cit.*, p. 39).

Pero los problemas axiales a los que acude Singer en su manual son, por ejemplo, el mecanismo de la ciencia biológica, la biogénesis y sus consecuencias, y otros del mismo tenor. Es decir: no son los problemas sociales de los que aquí estamos hablando. Singer como otros muchos historiadores de la ciencia se mueve en un análisis internalista de la ciencia, y que, en cualquier caso, aísla y preserva la *episteme* de la disciplina de factores externos. Definir un problema como hilo conductor del estudio no es condición suficiente para satisfacer el principio de problematizar el presente. Y de la problematización del pasado tampoco, pues sólo cuando las ideas y realizaciones de la ciencia se contemplan integradas en los conflictos y cambios sociales, las batallas de la ciencia adquieren una dimensión problemática y el conocimiento se desprende de los escuetos cauces del especialismo y de los códigos disciplinares.

Como vemos, las cualidades de lo que aquí entendemos como una historia de la ciencia especialmente provechosa para una pedagogía crítica están estrechamente enlazadas entre sí. Porque ¿cómo evitar o superar esa perspectiva internalista de la historia de la ciencia? Como primera prevención planteamos como imprescindible el diálogo profundo y la colaboración con estudiosos de distintas disciplinas, un procedimiento muy cultivado por J. L. Peset, tal y como dijimos unas páginas atrás²⁶. Incluso hay que reivindicar la competencia personal en distintos campos como ventaja indiscutible para hacer historia de la ciencia. Ella misma es el resultado de un proceso vivo, que, afortunadamente, aún no está cerrado ni prisionero de un estatuto seguro. Y en este proceso han venido participando, sobre todo en los últimos treinta y tantos años, estudiosos de las más variadas especialidades (científicos, historiadores, sociólogos, ingenieros, médicos, juristas, filósofos y un largo etcétera), lo cual ha impreso una tensión en el encuentro y una visión caleidoscópica de la historia de la ciencia altamente positiva. Así se ha manifestado en el producto de fructíferos experimentos de comunicación interdisciplinar como, por ejemplo, es la obra dirigida por Michel Serres a finales de los años ochenta del pasado siglo²⁷. La Historia de la Ciencia tal y como se concibe desde hace ya bastantes años no es, ni mucho menos, un sumatorio de la evolución de ciencias particulares durante el curso global de la historia. Esa versión falsamente transparente de la enciclopedia histórica de las ciencias es deudora no sólo del cientificismo y de la correspondiente mitificación de la historia lineal, sino que, como dice Serres «supone sobre todo este movimiento retrógrado de lo verdadero que proyecta en el pasado los conocimientos de hoy, de forma que la historia se convierte en una preparación irresistible y casi programada del saber presente» (*ob.cit.*, 12).

Advertencia que nos llevaría de nuevo a la necesaria disposición que rechaza el presentismo y de la que ya hemos dicho lo suficiente, para esta ocasión...

Por todo lo dicho se estará en condiciones de evitar toda propensión a visiones teleológicas y acomodadas a una visión triunfal del presente en la medida que la indagación histórica se realiza en profunda comunicación interdisciplinar, en la que cada especialista se despoja de las corazas de su ciencia particular y también cuando los estudiosos lo son de campos diferentes. En lo que se refiere a nuestros principios sobre la *impugnación de los códigos pedagógicos y profesionales*, no se necesitan más explicaciones de las ya expuestas para ver cómo aparecen concomitancias con la historia social de la ciencia que construye J. L. Peset. Lo cual rotura un cuarto cruce que requiere alguna matización. Dentro de los citados códigos o tradiciones de larga duración se cuentan de forma principal los códigos del conocimiento escolar y los agentes vivos de su conservación y transformación: pedagogos, profesores y maestros. En la correspondencia de analogías que estamos estableciendo, a la historia de la ciencia le toca estudiar las regulaciones de las disciplinas científicas y aquellas otras que se refieren a sus creadores, poseedores o reproductores, los científicos. Bien sabemos que todos esos componentes del saber y del poder tanto en los contextos de producción (el universo de la ciencia) como de su enseñanza institucional (el universo pedagógico) se han forjado en largos procesos constructivos con diferentes y peculiares ritmos sociohistóricos²⁸. No hay otra manera de ver esos procesos constituyentes que el análisis histórico. Sin embargo, frecuentemente se ha recurrido a establecer un correlato entre la producción de conocimiento científico y su enseñanza en contextos escolares. Nuestras pesquisas sobre esa cuestión subrayan la profunda transformación que sufre el conocimiento científico para transformarse en otra cosa cuando se despliega en el contexto pedagógico, y más aún en la práctica del aula (una *transmutación* alquímica de la que habla Popkewitz)²⁹. Los ámbitos de la ciencia académica y los pedagógicos se sitúan en una distancia que no puede ignorarse, incluso en los estudios de sus respectivas historias. No obstante, tanto en la ciencia como en la pedagogía ha dominado la imagen del árbol que crece con el desarrollo de sus ramas aisladas e independientes. No son pocas las dificultades para romper con esa imagen que ha acabado teniendo el rango de ley natural en la descripción del saber. Pero ese modelo arborescente tiene un tronco unificador y encontró una versión idealista, con posterioridad a Herbart, en el amplio círculo de la Escuela Nueva, que justificó la enseñanza globalizada, el currículo integrado o como se quiera llamar la sustancia de

variadas propuestas metodológicas globalizadoras, en una *doxa* tecnicista, de raigambre psicopedagógica³⁰. Una deriva, por tanto, cuyos presupuestos gnoseológicos nada tienen que ver con los enfoques interdisciplinarios que aquí venimos planteando como aspiraciones de la historia social de la ciencia. No podemos desarrollar estos matices, pero sí dejar encima de la mesa una invitación a reflexiones compartidas entre historiadores de la ciencia y pedagogos.

Pero ¿cómo manejar la investigación en una historia de la ciencia con los perfiles críticos que hemos señalado? ¿Cómo escoger, por ejemplo, el objeto de estudio, admitiendo sin ambages que se hace desde un determinado pensamiento, ya que el sujeto y objeto de la investigación están imbricados? ¿Cómo sacudirse de encima el lastre positivista que habla de unas verdades eternas progresivamente descubiertas, y que reinan “por encima” de la subjetividad humana?

Posiblemente se requieran dos condiciones³¹: honestidad para el rigor intelectual en la investigación y un compromiso ético con la sociedad de nuestro tiempo que lleva a dar la voz negada a los marginados de tiempos pretéritos. Y a ello ha de añadirse un fuerte ejercicio de desapego del objeto de estudio, la ciencia; pues generalmente los científicos que hacen historia de su ciencia tienen con ésta un vínculo muy estrecho, de forma que al ser la ciencia sometida a sospecha (como lo ha de ser todo régimen de verdad), sienten amenazada el propio sentido de su trabajo, diríamos, incluso, que de su ser.

José Luis Peset lo dice bien, clara y sencillamente al hablar de un triple quehacer del historiador de la ciencia (interpretar, contextualizar y criticar). Muchas veces el historiador se ve incapacitado para llevarlas a cabo, lo cual, generalmente es debido a algo:

«La causa creo yo que radica en su dificultad en separarse de su objeto de estudio, con el que se identifica en exceso, tal como ocurría en aquellos escritores píos encargados de loar a algún ilustre y santificable predecesor. Por ello el historiador debe procurar no ser un engranaje más de todo el complejo aparato montado en torno a la producción —y, sobre todo, importación— de ciencia y de técnica. Debe poder separarse y saber que la ciencia solo lo es tal cuando se encamina a la mejora del hombre sobre la tierra, teniendo pues éste como sujeto del conocimiento mucho que decir. Por ello, para poder decir algo sobre la ciencia, es decir sobre el estudio y empleo de las cosas, es preciso conocer tanto o más sobre el hombre que va a disfrutarlas o sufrirlas». (PESET, J. L., 1987: “Historia de la ciencia e historia de la cultura”, p. 101.)

Pero hete aquí que cuando el investigador vence los mencionados obstáculos (como el lector habrá deducido requerirá de un ejercicio de distanciamiento consigo mismo) y

produce una historia social de la ciencia que cabe en las intenciones y tipología que hemos dicho, va a encontrarse con una audiencia en la comunidad científica que suele darle la espalda y unos historiadores que tampoco van a mostrar especial entusiasmo por esa obra. Este tipo de historia social de la ciencia padece una condena de aislamiento, de rechazo, como si estuviera en un agujero negro del que pocos mensajes escapan hacia fuera, hacia el gran universo que le rodea (sobre todo el de la comunidad científica). Y en cuanto a la historiografía que no abre las puertas al conocimiento científico habría que recordarle las palabras de Feijoo cuando decía: *«Pero sobre todo lo que hace difícil escribir la historia es que, para ser historiador, es menester mucho más que historiador. Esta, que parece paradoja, es verdaderísima. Quiero decir que no puede ser historiador el que no estudió otra facultad que la historia, porque ocurren varios casos en que el reconocimiento de otras facultades descubre la falsedad de algunas relaciones históricas»*³².

El vértigo de los cambios: entre la esperanza y el sufrimiento

El grueso de las investigaciones históricas de José Luis Peset se ha centrado en los procesos científicos y culturales que tuvieron lugar en el “Siglo de las Luces” y también en el posterior liberalismo decimonónico. Tiempos caracterizados por profundos cambios en los cuales la contradicción, la ambigüedad, la polémica, las rupturas con un mundo que se resiste a desaparecer, son manifiestas invariantes que afectan a las mentalidades y a todas las manifestaciones de la vida social. Ante las novedades, el tiempo se acelera y produce desgarros inevitables:

«Reconocer el cambio es aceptar nuestras heridas. En algunos momentos históricos se vive la novedad de forma patente, pareciendo que el tiempo se acelera para nosotros. En el día de hoy así sucede y lo mismo ocurrió a comienzos del mundo contemporáneo, cuando vertiginosos cambios llevaron al hombre tanta esperanza como sufrimiento.» (Peset, 1993: 13)

La ciencia y la técnica, con sus “nuevos héroes” se erigen como modelos y diosas rectoras del Universo, de los seres vivos y de la Naturaleza, y hasta de la vida social.

«Pero un amo distinto necesita servidores. De la nueva ordenación social surgían nuevos héroes y también nuevos perdedores, (...) Voces notables en la historia se alzaron contra los cambios (...) y otras muchas se levantaron a su favor.» (Peset, 1993: 13).

Los desgarros de la Ilustración los sufre todo el cuerpo social, el campesino que ha de vivir en la gran urbe y trabajar en la fábrica o el clérigo culto que, junto al terrateniente

acomodado, es desplazado por el sabio moderno o el rico industrial (*ob. cit.* 14). Este es el panorama que se contempla y escruta en *Las heridas de la ciencia*, una obra relativamente breve pero en la que se recogen notables testimonios de las convulsiones y dilemas que inauguran la ciencia y la sociedad modernas, y en los cuales, de alguna manera, seguimos inmersos. El lector, inevitablemente recuerda el grabado goyesco: *El sueño de la Razón produce monstruos*. Pero en las reflexiones que en esta obra comparecen, sostenidas por una erudición muy importante, no habremos de percibir ni una visión triunfalista de la ciencia y el progreso ni culto alguno a la irracionalidad. Ese planteamiento en dicotomía simple está fuera de lugar en el análisis de J. L. Peset. Él nos muestra, los dogmas y dudas tal como eran percibidos por científicos y filósofos sobre todo en Francia, (“ojo del huracán del progreso”, podríamos decir) en el XVIII; el doble rostro con que se encaraba el arrollador desarrollo del capitalismo. Es decir, las contradicciones que la racionalidad científica y los cambios modernos llevan inevitablemente desde sus primeras manifestaciones. Desde la hipertrófica y ciega fe en la ciencia de un Pierre L. Moreau de Maupertuis³³, a la cáustica crítica que de la misma hace Voltaire; desde la conocida condena rousseauiana a las ciencias, las artes y las letras como corruptoras del estado natural, etc., a la indignada réplica de las academias; *philosophes* y científicos viven apasionadamente los combates de la ciencia y sienten el vértigo de estar en el filo que separa seculares tradiciones y prometedoras novedades. Entendemos que en la densidad de estos ensayos contenidos en Peset (1993) (consta de tres capítulos que podrían leerse en relación pero con relativa independencia, porque tienen entidad propia cada uno: *Modernidad y cambio*, *La medicina educadora* y *La lesión como amenaza*) se puede bucear en la dialéctica de esos contrarios que operan casi siempre –pensamos nosotros– como caras de la misma moneda. Tenemos muy presente que, como decía Foucault, «*las luces que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas*»³⁴ y que los citados polos que a modo de Jano bifronte miran simultáneamente hacia la liberación y la represión, hacia la naturaleza y su sometimiento, hacia las terapias del cuerpo y del alma, etc. conducen a ese *vértigo de los cambios: entre la esperanza y el sufrimiento*, que poníamos en la cabecera de este apartado. Hablamos, en fin, de una dialéctica desplegada al hilo del progreso de la ciencia en los siglos XVIII y XIX y que también otros autores han analizado críticamente, en los campos de la cultura y la educación contemporáneas, habiéndose de destacar la monumental obra de Carlos Lerena: *Reprimir y liberar*³⁵.

Las distorsiones de todo orden que siguieron a los cambios alentados por el pensamiento de la Ilustración tuvieron que sufrir acomodo y, como es sabido, las instituciones de encierro (escuela, fábrica, prisión, hospitales y manicomios) se llenaron de sujetos a disciplinar. Tiempos de educadores, de higienistas y psiquiatras. Readaptación del saber hipocrático a la tarea de restaurar el alma de las lesiones del tiempo y la búsqueda temerosa, pero decidida, que tras aceptar la locura como una enfermedad, se introduce en la difícil empresa de curar el alma que anida en las vísceras corporales (manicomios donde la enfermedad mental comienza a objetivarse y manejarse, observación y control de su evolución, salas de autopsias, anatomía patológica, ...). Este apasionante campo de resonancias foucaultianas constituye el objeto del tercer capítulo de Peset, (1993, pp. 125 y ss.). El profesor Phillipe Pinel (1745-1826), padre de la psiquiatría moderna y pionero de la clínica médica, que a partir del pensamiento hipocrático revoluciona el estudio y tratamiento de los enajenados, es figura central en esta historia, aunque nuestro historiador ha dedicado al médico francés otros trabajos clarificadores³⁶. Y así, bien podríamos añadir este tercer ensayo al conjunto de trabajos que J. L. Peset ha dedicado al estudio de la historia de la psiquiatría, o más genéricamente, a la ciencia relacionada con la locura, desde los hijos de la Ilustración hasta la escuela positivista italiana representada por Cesare Lombroso. Si Pinel y su escuela patologizan la locura, será Lombroso el que hace lo mismo con el delincuente o el criminal (Peset y Peset, 1975a)³⁷. La biografía es una forma de acometer los estudios históricos muy interesante, y Peset ha usado de ella en varias ocasiones, consciente de los límites y posibilidades que tiene, pues no en vano, el autor se ha detenido a reflexionar sobre el tema³⁸. Por ejemplo, Pinel es un personaje digno de estudio por lo que en él se concreta y desarrollan las representaciones mentales, las necesidades del saber-poder, cierto “espíritu” intelectual de su tiempo (feliz conjunción de la filosofía y la ciencia). Por otro lado, R. Huertas, (2001, *ob. cit.*, p. 14), apoyándose en otros autores nos recuerda que Pinel no es un caso aislado sino el producto de un contexto; y su “hazaña”, que ha quedado para los anales de la historia como “la liberación de los locos”, tuvo réplicas en otros lugares de Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. El enfoque socio-biográfico, que a nuestro juicio ha aplicado con gran acierto J. L. Peset, es aquel que permite, a través de sujetos históricos, independientemente de su fama, penetrar de forma peculiar en otras dimensiones que superan las individuales.

Aún cabe traer aquí otros estudios sobre los convulsos tiempos ilustrados en los que se recurre al método biográfico. La expansión ultramarina de la ciencia ilustrada originó, allá en el Nuevo Mundo otros desgarros y batallas en el ocaso de la época colonial, cuya proyección es muy clara para todo el que la quiera ver. J. L. Peset quiso obtener un cuadro general sobre el papel del científico criollo o emigrado al proceso que lleva hasta la independencia americana y, ante tan vasta tarea y para no incurrir en simplificaciones, optó por acercarse al tema mediante el estudio socio-biográfico de tres personajes que pueden considerarse modelos de la ciencia en aquél tiempo y aquellas tierras (Peset, 1987). Los elegidos que sirven de hilo conductor en el triple estudio son José Antonio de Alzate y Fausto Elhuyar en Nueva España y José Celestino Mutis en el Nuevo Reino de Granada. «*Un clérigo criollo, un ingeniero riojano y un médico andaluz que respectivamente representan al sabio independiente, al técnico al servicio de la corona y a un emprendedor expedicionario*» (Peset, 1987: 16). Sin entrar en detalle alguno sobre la interpretación que aquí se hace de esas atrayentes figuras, señalaríamos tres enseñanzas que enlazan con el hilo de nuestro relato.

Efectivamente los científicos ilustrados que en México, Colombia y otros lugares que pertenecieron al imperio colonial español, sintieron los aires de libertad, fraguaron muchas esperanzas en extraer las riquezas y los secretos de la exuberante naturaleza para ponerlos al servicio del progreso, de la industria y del comercio, con arriesgados proyectos independientes propios de quien conoce el terreno en que se mueve. Toparon sin embargo no solo con la burocracia de virreyes y de la metrópoli sino con una clara desconfianza hacia proyectos científicos criollos o desarrollados por novoespañoles o novogranadinos; con un menosprecio hacia todo lo indígena de los académicos más notables de Europa (por ejemplo del conde de Buffon, que aplicaba teorías de la *degeneración*, dando pábulo a un naciente racismo que con el tiempo también habría de fomentarse desde la ciencia³⁹), a veces con hirientes teorías sobre la degeneración y la inferioridad de todo lo que respiraba en las colonias, con declaraciones sobre la incapacidad de los americanos para hacer despegar la labor científica. Los oídos sordos de la administración real a sus proyectos (peticiones de ayuda material y de expertos cualificados para desarrollar investigaciones y empresas prósperas) fueron otros elementos que desde la *esperanza* conducían al *sufrimiento*. Sufrimiento nada retórico pues incluía penalidades físicas y agotamiento por sus esforzadas empresas, expediciones y batallas políticas; y, además, vivir las contradicciones propias de su

tiempo: razón y fe, “adorar” a Dios y a la Naturaleza, fidelidad a la corona y a la naciente conciencia de libertad.

Otra enseñanza de esta *Ciencia y Libertad* que escribe Peset en el contexto del Programa Movilizador del CSIC *Relaciones científicas y culturales entre España y América*, es la multifacética y compleja red de actividades que ocupan a estos personajes donde cada una depende de las otras. Por ejemplo, el Celestino Mutis médico, no puede separarse del botánico que investiga sobre la quina y se involucra en su comercio ganando dinero; el reformador de técnicas mineras para obtener mejores resultados en las explotaciones del virreinato, el conocedor de las condiciones sociales y económicas de Nueva Granada que interviene en la vida política, el expedicionario y naturalista que mantiene correspondencia con Linneo y centros de ciencia de Europa, etc., son facetas que no pueden separarse y todas ellas son las que finalmente integran la actividad del gaditano que ha dado lugar a sus aportaciones a la ciencia. Se ha dicho que la ciencia es lo que hacen los científicos. Esa afirmación definitoria es aceptable siempre que no se separe lo que el científico hace por la mañana y por la tarde, un día u otro. Mutis o Alzate, como tantos otros, contribuyen a la ciencia y a la historia de su país, porque sociedad y ciencia son conceptos indisolubles. Es de suponer que eso es así en distinta medida según los casos personales y otras circunstancias. Al menos no todos los que se dedicaron al estudio de la ciencia sintieron los problemas sociales y políticos de su tiempo y se implicaron en ellos con la misma intensidad⁴⁰.

En estos momentos releemos una vieja publicación colectiva de 1964, dedicada a J. D. Bernal en la que escriben notables científicos de la primera mitad del siglo XX, amén del mismo irlandés, a quien parece homenajearse cuando se cumplían veinticinco años de *La Función Social de la Ciencia*⁴¹. A raíz de las grandes convulsiones y cambios del siglo XX, cuya trágica manifestación fue la guerra mundial, el holocausto nazi y la utilización de la bomba atómica, y la posterior guerra fría, cristalizaron múltiples voluntades en la comunidad científica que no sólo se movían en la órbita marxista (aun en la particular forma de Bernal) con intenciones críticas, unidas por el compromiso social de los científicos⁴². Todo ese movimiento es bien conocido y las citadas lecturas nos inducían a relacionar las *esperanzas y sufrimientos* que en su día afectaron a los estudiosos de la Ilustración con estos otros hijos del siglo XX.

No se le escapará al lector nuestra intención al relacionar la historia social de la ciencia como vertiente del pensamiento crítico y los hilos conectores que hemos insinuado en el

último párrafo, atinentes a la actitud de compromiso con la libertad y contra la opresión que grupos de científicos han mantenido en distintos contextos históricos.

Colofón donde se vuelve a las intenciones iniciales

Nos damos por satisfechos si con estas páginas y las que completan este *Pensando sobre...*, hemos conseguido transmitir parte de un renovado entusiasmo por la historia de la ciencia, con el cual nos hemos beneficiado gracias a las enseñanzas de José Luis Peset. Era el propósito que expresábamos al principio. No obstante, conviene señalar dos circunstancias que, aun siendo evidentes, merecen comentarse. Dadas las dimensiones de la obra de J. L. Peset, nuestras lecturas, al tiempo que gratas y propicias para el diálogo con nuestros propios intereses e ideas, han sido muy incompletas. Y, en segundo lugar, no somos especialistas (sí aficionados) en historia de la ciencia. En relación con la primera, indicamos al lector que la selección bibliográfica que sigue al artículo, además de la función habitual como fuente de consulta, aquí puede ser contemplada para percibir un mapa temático o de los objetos de estudio en el conjunto de la obra de Peset, para completar así nuestras lagunas y entender mejor nuestras afirmaciones sobre la gran variedad y abundancia de sus investigaciones. Y en cuanto a la condición externa al campo de los historiadores de la ciencia, siendo éste el caso de la mayor parte de nuestros lectores, permite compartir con ellos algunas impresiones generales. La obra de J. L. Peset, aun estando sostenida en una gran erudición y depurado rigor analítico, no ofrece obstáculos especiales a todo aquel que, con tiempo por delante, haya abierto su apetito de conocimiento con algunas lecturas. No es en absoluto hermética, sino abierta a múltiples intereses y presenta variadas concomitancias con problemas del pensamiento crítico en las ciencias sociales. Centrándonos en el terreno pedagógico, diríamos que las lamentables ausencias de la historia de la ciencia en los programas de enseñanza (el tipo de reflexiones deseables no está presente, por ejemplo, en la nueva materia de estudio *Ciencias del Mundo Contemporáneo* planteada para el Bachillerato) no se resolverían con el añadido de una asignatura más, ni con impuestos artificiosos de “transversalidad”. Por el momento no se nos ocurre más que insistir en lo que ya hemos dicho aquí (y en otras muchas ocasiones) sobre una didáctica crítica y una aquilatada *ruptura con los códigos disciplinares del conocimiento escolar*. Pero... ¡atención! esa ruptura, como orientación de nuestros deseos, no puede efectuarse mediante la sola presencia del deseo. No surge por generación espontánea. Se requiere llenar y renovar el semillero de nuestros

conocimientos. Para ello, la lectura de José Luis Peset es muy recomendable y, además, constituye todo un placer. Y... ya sabemos (o así pensamos): la apropiación y socialización del conocimiento, tiene su mejor justificación ética en el placer, en *la alegría del conocimiento*, que diría Nietzsche.

NOTAS

¹ La cita de Brecht fue escogida por J. L. Peset para reforzar su propio pensamiento con las palabras del poeta, cfr. PESET, J. L. (1987): “Historia de la ciencia e historia de la cultura”, en *Lingua e Literaturas*, Portugal, pp. 91-101. Le alabamos el gusto y la traemos aquí con el ánimo de que vaya rodando en letra impresa, hasta que —¡Ojalá!— ya no necesite de referencias a pie de página como ésta. Procede de *L’achat du cuivre*, Paris, 1970, p. 53; y Peset la tomó de J. M. Lévy-Leblond (1975): *La ideología de/en la física contemporánea*, Barcelona, p. 26. Dado el veterano compromiso de Lévy-Leblond con las implicaciones sociales de la ciencia, no es ocioso aclarar las manos por las que ha pasado, hasta aquí, el texto brechtiano.

² Aunque de todo lo que aquí queda escrito soy el único responsable, haré uso del llamado “plural de modestia” no por una especial preferencia con esta forma verbal sino porque, en determinados momentos del artículo, expresaré posiciones e ideas que son patrimonio colectivo de un grupo de amigos que trabajamos en la Federación Icaria (Fedicaria). El lector atento sabrá distinguir sin problemas cuando el texto vehicula una experiencia y pensamiento compartido y cuando se expresa desde la reflexión personal.

³ José Luis Peset y su hermano Mariano son hijos del arquitecto Mariano Peset Alexandre, a su vez hermano de una persona cuya memoria es aún altamente estimada en Valencia: Joan Baptista Peset Aleixandre (el *Rector Peset*), médico que a los 22 años había cursado varias carreras, maestro de la medicina legal, comprometido políticamente con la II República, rector de la Universidad de Valencia en aquel período y representante por el partido de Azaña como candidato más votado en las elecciones del Frente Popular. Tras dos consejos de guerra durante aquella *salvaje pesadilla*, fue fusilado en 1941. Sin agotar las menciones a otros miembros de la familia implicados en tareas intelectuales claramente conectadas no debe olvidarse al Dr. Vicente Peset Llorca (1914-1981), hijo del *Rector Peset*, cuyas pioneros trabajos sobre la historia de la psiquiatría dejarían huella en su primo José Luis. Puede verse un breve pero vivo recuerdo de Vicente Peset escrito por Luis García Ballester, <http://ddd.uab.cat/pub/dynamis/02119536v1p321.pdf>. A poco que se averigüe en testimonios como éste, se apreciará cómo prácticamente todos los personajes más relevantes de la historia de la medicina y de la ciencia están relacionados entre sí.

⁴ Desde luego a este convenio institucional le precedía una larga labor en Valencia en la que José María López Piñero y otros investigadores habían recogido la tradición y riqueza documental de la Universidad referida a la historia de distintas disciplinas científicas. En 1998 la institución empieza a editar junto con la Universidad la revista *Cronos*. En la actualidad se denomina Instituto de Historia y de la Ciencia y Documentación “López Piñero”.

⁵ Estas son figuras aisladas, pues la historia de la ciencia en España tenía un prácticamente nulo nivel de institucionalización en el primer tercio del siglo XX. Sin embargo, cuando se hacen comentarios sobre la precariedad de la producción hispana en historia de la ciencia se puede dar una impresión excesivamente pesimista sobre lo que se había hecho, por ejemplo, hace más o menos treinta años, ... Basta ver los compendios bibliográficos de fuentes primarias y secundarias publicados ya entonces para obtener una impresión más ajustada. Puede verse la selección hecha en José María LÓPEZ PIÑERO et al. (1976). *Materiales para la historia de las ciencias en España: s. XVI-XVII*, Valencia: Pre-textos. Los autores de esta obra no habían hecho más que comenzar su propia y dilatada trayectoria investigadora. Y recordemos, además, los autores que, como José Luis Peset, abren las puertas, a partir de la década de los setenta del pasado siglo, a una actualización de la historia de la ciencia a la que puede añadirse el adjetivo de *social*; porque es oportuno recordar que no en vano se recibe en España la obra de J. D. Bernal y otros intelectuales marxistas, luego los del giro cultural, etc. La riqueza metodológica fue un estímulo creador.

⁶ Entre 1972 y 1973, publica, con Diego Gracia, Laín Entralgo o él sólo, diversas colaboraciones en la *Historia Universal de la Medicina* de la editorial catalana Salvat.

⁷ Las indagaciones en Salamanca se recogen en: *El reformismo de Carlos III y la Universidad de Salamanca: Plan general de estudios*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1969. Seguirán otras obras que dan cuerpo a lo que parece ser un proyecto colaborativo de los hermanos Peset entre las que destaca *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Taurus, 1974. A partir de una amplia documentación archivística se estudian las reformas de la Universidad que promueve la realeza borbónica, aquellas que eran necesarias y suficientes para el poder; reformas tímidas (las más audaces las de Carlos III) aun a costa de la confrontación con la Iglesia y los tradicionales saberes superiores del Antiguo Régimen. Y cómo la transformación profunda y fundacional de la Universidad moderna la realizan los liberales decimonónicos, simultáneamente a la constitución del conjunto del sistema de enseñanza en España, con todas sus disfunciones y ritmos distintos respecto a otros países. Puede verse un apretado resumen en PESET, José Luis y Mariano (1975). El fin del Antiguo Régimen y la Universidad liberal. *Revista de Educación*, 240, 14-22. Pero si el lector desea facilidades para hacerse con una idea general sobre las aportaciones de José Luis Peset a la historia de la Universidad española, puede escuchar su voz directamente, en una conferencia dictada en la Fundación Juan March (23-4-1985), *Una herencia secular*, de sustancioso contenido, apretado en menos de una hora de audición y disponible en <http://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.asp?id=1609>.

⁸ El Instituto de Historia está integrado actualmente en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC.

⁹ El volumen 26 de *Llull, Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas* (2003) celebra su veinticinco aniversario con un monográfico en el que se recapitula con la inclusión de varios trabajos que dan cuenta de la misma “historia de la historia de la ciencia” en España.

¹⁰ En 1982 se creó en México la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología y en aquella ocasión participa J. L. Peset. Dos años más tarde, en 1984, comienza el Programa Movilizador del CSIC que acabamos de mencionar. Los trabajos se realizan durante cuatro años con la participación de un centenar de investigadores del CSIC y algunos departamentos universitarios; se celebraron conferencias y exposiciones, se adquirió mucho material y, finalmente, Peset se encargó de la recopilación, en tres gruesos volúmenes, de 81 trabajos del Programa Movilizador de otros tantos autores hispanos y extranjeros (Peset, J. L., 1989c). También en 1984, se celebra la I Reunión de Historia de la Ciencia y de la Técnica de los Países Ibéricos e Iberoamericanos. La edición de las actas corre a cargo de J. L. Peset: *La ciencia moderna y el Nuevo Mundo*. Madrid: CSIC / Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología, 1989. Como continuidad de esas actividades, en Madrid se celebra un coloquio internacional sobre *Las culturas del Noroeste de América*, promovido por el CSIC y la Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento. Peset se encarga también de la correspondiente edición (Peset, J. L., 1989b). Dentro de esta sustanciosa producción también publicó (Peset, 1987) un estudio sobre la función de científicos criollos o hispanos que hicieron su vida en América en la forja de la conciencia independentista. Más adelante nos referiremos a esta obra.

¹¹ La revista *Asclepio* apareció en 1948 bajo el título de *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*, dirigida por P. Laín Entralgo, editada por el Patronato Santiago Ramón y Cajal, del CSIC. Se dedicaba especialmente a los asuntos que indicaba el título hasta que en 1964 pasó a llamarse *Asclepio*. No fue solo un cambio de nombre, sino de contenidos y orientación: estudio de historia de la ciencia en un sentido amplio y una decidida orientación social. Pasaron por la dirección de esta prestigiosa publicación el profesor Albarracín y J. L. Peset. Desde entonces ha seguido abriendo el espectro a nuevas preocupaciones, dando cabida a «trabajos que relacionan la ciencia con una sociedad determinada, dando a conocer los aspectos institucionales (creación, difusión, aplicación y popularización de la ciencia) así como sus relaciones con la cultura humana: el arte, la imagen, la lengua, el pensamiento y la cultura material». Actualmente la dirige Rafael Huertas. Mayor información puede verse en <<http://www.ih.csic.es/revistas/webasclepio/index.htm>>.

¹² Posiblemente el gusto y mérito del trabajo en equipo tenga relación con gratas experiencias juveniles de amistosas tertulias en Salamanca. Al evocar estos lugares públicos de socialización del conocimiento José Luis Peset señala la importancia de viejas tradiciones que están en el origen a las academias ilustradas. «*Las academias eran lugar de conversación, que reunían estratos diferentes, naciones cercanas o lejanas, temas muy diversos. Con una antigua tradición en las tertulias, conviven en ellas la apertura y la rigidez, el ocio y el trabajo, el humor y la crítica.*» (Peset, J. L., 2003, 392).

¹³ El origen del libro está en el Coloquio de la Historia de España celebrado en Pau, bajo la dirección de Tuñón de Lara, en el año 1976. Los tres autores fueron miembros fundadores de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia (SEHC) y Santiago Garma el primer presidente de la misma. La SEHC se constituye oficialmente en 1976. Al año siguiente comienza a editar su revista, *Llull*. Desde 1986 añadió a su nombre la Tecnología (SEHCYT). La SEHC fue creada con la decidida intención de ocupar un vacío institucional, una ausencia en los planes de estudio y un retraso respecto a otros países. Tanto los científicos como los historiadores no se interesaban demasiado (ni aún lo hacen) por la historia de la ciencia. Algo similar ocurre con la historia de la educación, a la que apenas se presta atención desde la comunidad de historiadores y de didactas. De alguna forma, llama la atención cómo junto al interés por la historia de la ciencia, y entre sus cultivadores, también aparece una atención por la historia de la educación (caso de Juan Sisinio Pérez Garzón y de los hermanos Peset con sus trabajos sobre la Universidad) que dio lugar a aportaciones muy avanzadas en su día.

¹⁴ FOUCAULT, Michel (1992): “Nietzsche, la Genealogía, la Historia”, en J. Varela, et al. (ed.), *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, pp. 7-29.

¹⁵ HUERTAS, Rafael (2001): *Historia de la psiquiatría, ¿por qué?, ¿para qué? Tradiciones historiográficas y nuevas tendencias*, Frenia, Vol I-1, pp. 9-36.

¹⁶ Entendemos que en el hacer un “uso oportuno” interviene no sólo la conveniencia al objeto de estudio y a los fines perseguidos, sino también una utilización creativa y matizada de los conceptos. Así por ejemplo, en el caso de Foucault, al manejar la categoría de “poder” es preciso distinguir aspectos como el de *autoridad y legitimación*, y, como al respecto nos dice Rafael Huertas, «*Para que los jueces tuvieran en cuenta las opiniones de los médicos, para que éstos fueran reconocidos como expertos competentes ante los tribunales fue necesario un proceso de negociación largo y complicado en el que los psiquiatras aspiraban no tanto al “poder”, sino al reconocimiento de su autoridad científica y a una mayor legitimación profesional y social.*» HUERTAS, Rafael (2006): “Foucault, treinta años después. A propósito de *el poder psiquiátrico*”, *Asclepio*, vol. LVIII, nº 2, pp. 267-276. Ese discernimiento aparece ya en *Ciencia y marginación ...* de J. L. Peset. Pero en ello ha seguido y R. Huertas ilustra la idea con trabajos de especialistas extranjeros que no hemos consultado y cita también como ejemplo. Véase PESET, J. L. (1996), “Jurists versus doctors: The birth of legal medicine in the United States”, *History of Psychiatry*, 7, 299-317; HUERTAS, R. (2002), “Organizar y persuadir. Estrategias profesionales y retóricas de legitimación de la medicina mental española (1857- 1936)”, Madrid, *Frenia*, (pp. 127 y ss).

¹⁷ Quentin Skinner, en el campo de la historia de las ideas políticas, desarrolló hace más de treinta años su enfoque contextualizador de los actos de habla en los autores pretéritos. Y parece que el interés sobre el tema sigue vivo. Recientemente se ha publicado Enrique BOCARDO (2007): *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Tecnos, Madrid. En la historia de la ciencia el asunto del

presentismo, junto a otros asuntos metodológicos han sido tratados desde hace tiempo, cfr. Helgue KRAGH (1989): *Introducción a la historia de la ciencia*, Crítica, Barcelona.

¹⁸ Es un libro escrito junto a Diego Núñez Ruiz, Catedrático en el Departamento de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español en la Universidad Autónoma de Madrid.

¹⁹ Los autores aquí analizados, que escriben con anterioridad a la recepción en España del racionalismo armónico o coetáneamente, pero al margen de la órbita específica que se conoce como el krausismo hispano son: José Álvarez Guerra, Miguel López Martínez, Roque Barcia, Pedro Sala Villaret.

²⁰ MATEOS, J. y VICENTE, M. (1998): “La historia de la ciencia y la enseñanza de las ciencias sociales (algunos libros de utilidad)”, *ConCiencia Social*, 2, pp. 320-324. Aquí expusimos el problema de *las dos culturas* tal y como lo veíamos entonces y nos apoyábamos en comentarios a una interesante obra de iniciación, KRAGH, H. (1989): *Introducción a la Historia de la Ciencia*. Crítica, Barcelona.

²¹ Como es sabido, en 1959 el físico y literato Charles. P. Snow pronuncia en Cambridge una conferencia titulada *Las dos culturas* que luego aparecerá publicada como *The Two Cultures and the Scientific Revolution*. El debate consiguiente tuvo una enorme repercusión en Europa y en América. La versión ampliada de la misma (*Las dos culturas y un segundo enfoque*) no fue publicada en castellano hasta 1977 por Alianza Editorial.

²² La cita es de SARTON, G. (1956): “Historia de la Ciencia”, *Ensayos de Historia de la Ciencia*, México, pp. 1-14, cita en 1. Y la hemos tomado de PESET, J. L. (1987): “Historia de la ciencia e historia de la cultura”, *ob. cit.*, p.94.

²³ René Taton, fue director científico del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), falleció apenas hace cinco años. Bajo su dirección se elaboró, entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta del pasado siglo, la gruesa *Historia General de las Ciencias*, una obra colectiva de corte enciclopedista, publicada en España por Ediciones Orbis en 1988, en 18 volúmenes. Invitado de honor en el I Congreso de la SEHC, R. Taton expresó una idea que J. L. Peset recuerda con cierta frecuencia y que venía a decir que hay tantas formas de abordar, de enseñar o comunicar las aportaciones de la historia de la ciencia como expectativas o intereses específicos tengan las personas interesadas. En cualquier caso, la ambición de totalidad que da razón de ser a la *Historia General de las Ciencias*, coordinada por R. Tatón requiere de una férrea ordenación (en cuanto a la periodización y las materias de estudio) que deja poco margen a otro tipo de historia, con menos presencia del positivismo y más del giro filosófico-cultural, como la que hiciera, por ejemplo Michel Serres.

²⁴ Puede verse al respecto HUERTAS, Rafael, 2001 (*ob. cit.*).

²⁵ Leímos hace bastantes años la traducción al español: SINGER, C. (1947): *Historia de la Biología*, Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires / México.

²⁶ Aunque muchos de los artículos científicos escritos por J. L. Peset son de autoría unipersonal, repárese en que 17 de las 27 obras publicadas en formato de libro que incluimos en la selección bibliográfica, se hicieron en colaboración con otros autores inicialmente formados en diferentes especialidades: historia contemporánea, historia del derecho, lingüística, física, filosofía, medicina, ... Aunque, claro está, todos ellos se hayan interesado por otras disciplinas, como mínimo, por la historia de la ciencia.

²⁷ SERRES, M. (1991). *Historia de las ciencias*. Madrid: Editorial Cátedra. El prólogo general de esta obra que suscribe Serres es todo un alegato sobre la complicación de caminos, métodos, enfoques y giros, por los cuales la historia de la ciencia presenta una imagen contraria a la lineal acumulación ascendente del saber.

²⁸ La génesis de algunos códigos disciplinares ha sido ampliamente estudiada por algunos de nosotros, así como la de metodólogos o didactas de las ciencias sociales.

²⁹ Lo que al respecto se nos dice por B. Bernstein y S. Popkewitz y después M. Apple reafirma e interpreta es que desde el conocimiento científico localizado en su *contexto de producción*, al conocimiento escolar ya localizado en el *contexto de reproducción* (la escuela), media una insospechada distancia que supera la mera traducción didáctica. Se produce una “alquimia”, una *transmutación*, un dejar de ser una cosa para llegar a ser otra sustancialmente distinta. Sobre la naturaleza del conocimiento escolar R. Cuesta ha recogido textos de los citados autores y bastantes más, formando una antología disponible en <http://www.fedicaria.org/miembros/fedSalamanca/Antologia_textos_2000.pdf>.

³⁰ MATEOS, J. (2008). Globalización del conocimiento escolar: genealogía y problemas actuales. *Didáctica de las ciencias experimentales y sociales*, Dpt. de Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales, Universidad de Valencia, 3-22.

³¹ A ellas se refiere en otras palabras Rafael Huertas en una entrevista donde también se tocan algunos de los interrogantes que se acaban de formular, como el de la relación entre sujeto y objeto de la investigación. Puede verse en Consejo de Redacción (1999). Entrevista a Rafael Huertas. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 19, (72), 656-668. Es un texto muy recomendable como lectura complementaria a José Luis Peset y a las presentes páginas. No en vano Peset fue maestro y director de la tesis de Huertas, ambos han trabajado muchos años juntos en el CSIC y han estudiado grandes temas de la medicina social y de historia de la psiquiatría referidos a similares o las mismas problemáticas. Por otro lado debemos decir que hace unos pocos años entablamos relación intelectual y amistosa con Rafael Huertas, la cual ha sido muy fructífera y satisfactoria para nosotros y nuestros

proyectos. Concretamente para el *Proyecto Nebraska* en el que habría que ubicar el pensamiento y el trabajo personal del que suscribe este artículo.

³² *Reflexiones sobre la Historia (Obras escogidas de Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro. Con una noticia de su vida y juicio crítico* de Vicente de la Fuente, Librería de Sucesores de Hernando, Madrid, 1924, pp. 160-179: 179. Entre las otras facultades cita la geografía y la astronomía. En el párrafo citado se puede encontrar una indicación de la necesidad de que el conocimiento histórico necesita ciencias de ayuda, pero también, llevándolo a nuestro terreno, que el verdadero conocimiento rompe las barreras disciplinares y que el científico social ha de tener una comprensión holística y pluridisciplinar de los objetos que investiga.

³³ Su *Lettre sur le progrès de sciences* (1952) es una de las utopías del progreso más radicales y emblemáticas de la época. J. L. Peset se ha ocupado en varias ocasiones de esta optimista *carta* de Maupertuis y sobre la polémica que éste mantuvo con su primero amigo y luego acérrimo y ácido contrincante, Voltaire, puede verse, además de la obra que ahora comentamos, PESET, J. L. (1988). Ciencia y poder en la polémica entre Maupertuis y Voltaire. *Asclepio*, XL, 163 – 176. Un interesante acompañamiento a estas lecturas es el estudio introductorio que Mauricio Jalón hace en DIDEROT, Denis (1992). *Sobre la interpretación de la naturaleza*. Barcelona: Anthropos.

³⁴ FOUCAULT, M. (1984) *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, p. 225.

³⁵ LERENA, C. (1983). *Reprimir y liberar*, Madrid: Akal. Este libro del malogrado profesor Lerena es un “mar sin fondo” para una prolongada inmersión y ejercer la oceanografía en los problemas que estamos señalando bajo la guía de la mejor sociología crítica. La doble faz o imagen especular (que en Lerena resulta ser una misma figura) del subjetivismo frente al objetivismo positivista (Rousseau / Comte) es una de las vetas desarrolladas aquí por Lerena y que en Peset aparece por otros lados. En la historia de la educación otras obras han desplegado análisis que se enfrentan a similares aporías también desde el pensamiento crítico, y poseyendo no pocas concomitancias con las anteriores; es el caso de CUESTA, R. (2005): *Felices y escolarizados*. Barcelona: Octaedro; un libro que es piedra angular en las aportaciones cómplices que han dado pie a que hagamos uso del plural en este artículo según la justificación que ya dimos. Rafael Huertas ha levantado, recientemente, un feliz puente entre sus investigaciones (desde luego conectadas con Peset por la larga colaboración entre ambos en el CSIC) y nuestros temas preferidos, y lo ha hecho desviando la corriente de sus conocimientos de historia de la medicina social y de la psiquiatría hacia la educación; véase HUERTAS, R. (2008). *Los laboratorios de la norma*. Barcelona: Octaedro/CSIC. Y en el terreno más ceñido a las ideas y prácticas pedagógicas, pueden verse unas notas nuestras (MATEOS, J., 2008) que bajo el título de *La disciplina hace al hombre*, están disponibles en http://www.fedicaria.org/miembros/nebraska/reformismo_disciplina.pdf.

³⁶ Tiene un especial interés PESET, J. L. (2003). La revolución hipocrática de Phillipe Pinel. *Asclepio*, (LV), 1, 263-280.

³⁷ La famosa tesis lombrosiana del criminal nato, somáticamente reconocible, junto a su atrevida identificación de éste con el hombre primitivo (¡adiós a la idea rousseauiana del buen salvaje!) tuvieron unas repercusiones imponentes y de largo alcance. Sirvieron al control burgués sobre delincuentes, prostitutas, anarquistas, y..., en definitiva, sobre las clases subordinadas. La historia de la educación nos muestra (¡y hasta la misma experiencia profesional en la escuela!) nos presenta las más nítidas radiografías al respecto. Y la psicopedagogía de los renovadores de la enseñanza encuadrados en la Escuela Nueva, empezando por Claparède, son agentes de propagación de versiones más blandas y revisadas de la dura antropología que se deriva de Lombroso. Además es curioso cómo unas teorías, unos cuerpos doctrinales como el de la escuela de Cesare Lombroso, con el tiempo se perpetúa metamorfoseándose, incorporando nuevas ideas y el materialismo positivista inicial se condimenta con romanticismo decadentista para nuevos discursos a principios del siglo XX. Es lo que hace la misma hija del Cesare, Gina Lombroso, cfr. PESET, J. L. (2001). Genio y degeneración en Gina Lombroso. *Frenia*, 1, (I), 121-128.

³⁸ José Luis Peset, Elena Hernández Sandoica, “Biografía, historia y ciencia”, ponencia en *Biografías médicas, una reflexión historiográfica*, XIII Simposio de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, Jaca, 2 julio 2004; PESET, J. L. (2005). Ciencia y vida: ¿Una imposible conjunción? *Asclepio*, (LVII), 1, 9-21.

³⁹ El sabio mexicano Alzate hubo de enfrentarse al conde de Bufón que desde el confortable gabinete en Francia, desataba la fantasía, abandonando el rigor de la observación empírica, para hablar de la inferioridad de las razas vivientes de las colonias. Alzate era un defensor del indio. El clérigo, cristiano ilustrado, científico entendido en muchas ramas del saber, el polemista que encarna la defensa de la patria y sus criaturas, el promotor de la industria minera, de la agricultura y el comercio, el médico, y hombre, en fin, de muchos oficios, se une a la tendencia ilustrada de venerar a la naturaleza. Dice Peset (1987, 85): «José Antonio de Alzate, uniendo catolicismo, hipocratismo, cientifismo e incluso nacionalismo (...) recurre de nuevo a la naturaleza, convirtiéndose en su más fiel venerador.»

⁴⁰ A través del caso de Frédéric Joliot se han explicado interesantes modelos de relación entre ciencia y sociedad que van más allá de los convencionales. Véase LATOUR, B. (1991). Joliot: punto de encuentro de la historia y de la física. En M. Serres: *Historia de las ciencias*. Madrid: Editorial Cátedra, pp. 553-573. Se desarrolla aquí, con indudable ingenio, que «la ciencia y la sociedad son dos ejemplos de una misma cosa en dos estados diferentes de traducción.» Se recuerda que F. Joliot, premio Nobel de Física, ayudante de Marie Curie, con cuya hija se casó, es un personaje que llevó una agitada vida en la que la lucha antifascista formaba parte del mismo proyecto de obtención del reactor atómico en Francia.

⁴¹ Se trata de BERNAL, J. D. y otros (1964). *La ciencia de la ciencia*. México: Grijalbo. Escribe, por ejemplo, un autor que ha sido especialmente aludido en el presente artículo, Charles Percy Snow, que se encarga, precisamente, de hacer una semblanza de J. D. Bernal. Muy oportuna para ilustrar lo que ahora decimos.

⁴² Remitimos a la primera conferencia de Pugwash y al famoso “manifiesto de Rusell-Einstein” que suscribieron, amén de estas dos emblemáticas figuras y otros, Max Born, Linus Pauling, Leopold Infeld, Frédéric Joliot (al que nos hemos referido en la nota 40) y Jozef Rotblat, el primer científico que abandonó el *proyecto Manhattan* por motivos éticos. A éste último se debe la frase pronunciada cuando, ya muy anciano, recibió el Nobel en 1995: «*Recordad vuestra humanidad y olvidad el resto*».

Conversación con José Luis Peset

por Julio Mateos y Juan Mainer

El itinerario de *ConCiencia Social* ha venido reflejando la evolución del pensamiento fedecariano y una progresiva ampliación de los problemas y campos temáticos que nos interesan. Desde una inicial preocupación por la enseñanza de las ciencias sociales, hasta interesarnos por toda producción intelectual de carácter crítico que contribuye a pensar históricamente el presente en diversos campos: la educación, la cultura, el arte, la sociología, la economía, entre otros. Naturalmente, pensar históricamente la ciencia es, en este proyecto sin fronteras, una tarea imprescindible e inaplazable que ahora introducimos a partir de la vida y la obra de José Luis Peset Reig. Porque, sin duda, no cualquier historia de la ciencia es igualmente valiosa. En este ramo, al igual que en la historia general, hay narrativas que presentan el pasado como un camino de progreso que conduce “necesariamente” a un presente al que habría que admitir por su triunfal imposición, a pesar de sus miserias “colaterales”. Sin embargo, la historia de la ciencia cultivada por J. L. Peset nos resulta particularmente atrayente por cuanto entre sus muchas cualidades, se beneficia de no hacer concesiones a ese tipo de perspectivas teleológicas. Por otra parte ha contribuido a romper fecundamente lo que Ortega y Gasset llamara *la barbarie del especialismo*; a impugnar el sustrato academicista que refuerza lo que nosotros entendemos como los *códigos disciplinares*, que tanto destrozo y dogmatismo han introducido en la distribución social del conocimiento y en su transmisión escolar. Se entenderá, por tanto, que nos hayamos sentido muy cercanos a la obra del personaje al que, por los mencionados criterios, quisimos que se dedicara esta sección de *ConCiencia Social*.

El 19 de junio de 2009 fuimos a Madrid para realizar la presente entrevista. José Luís Peset nos esperaba, a la hora convenida, en un nuevo y grande edificio destinado al Centro de Ciencias Humanas y Sociales, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). En éste su lugar de trabajo, de funcionales y atractivos interiores, había dispuesto la reserva de una sala donde pudimos dialogar durante casi dos horas en las mejores condiciones. Ese tiempo pasó como un soplo, pues mucho más acogedora aun que el espacio físico fue la atención amabilísima de nuestro

interlocutor, de nuestro anfitrión —podría decirse—. Más tarde pudimos prolongar la conversación en una sobremesa que abrió paso a otras afinidades e incluso a recuerdos de amigos comunes.



PREGUNTA.- Te agradecemos la oportunidad de hacer esta entrevista que, tal como hemos explicado en el trabajo sobre tu obra que la precede, viene a dar satisfacción a una tarea pendiente en ConCiencia Social. Quisiéramos que comenzaras por hablarnos de tu formación intelectual en el contexto de juventud; en Valencia, antes de llegar a la Universidad de Salamanca a finales de los años sesenta. Suponemos que el ambiente que te rodea, incluso el familiar y más próximo, contribuye, en tu caso, a forjar determinados intereses, formas de trabajo u otras facetas que pudieran resultar ilustrativas.

RESPUESTA.- También yo quiero agradeceros la posibilidad que me dais... Muchas veces los investigadores estamos muy aislados y pensamos que nuestro trabajo no sirve para nada, que empleamos muchas horas en grandes esfuerzos y que luego los

resultados se quedan en papel, y no tienen ninguna repercusión. Por eso poder hablar del trabajo de uno es siempre importante.

Nací en Valencia y estudié en la Facultad de Medicina y también en la de Filosofía y Letras de su Universidad. Eran dos Facultades muy interesantes. La tradición médica de Valencia es notable y en la época en que yo estudié, dentro de lo que era la Universidad española de los años sesenta, había profesores de calidad. Y en Filosofía y Letras también había buenos profesores de historia como Juan Reglá, (José María Jover se acababa de ir), Ubieto, Tarradell, Giralt,... en filosofía estaban Carlos París y Fernando Cubells, que permitían un saber más moderno, o bien más riguroso. Y en Medicina hubo un par de profesores que me influyeron mucho, que son José María López Piñero y Luis García Ballester. En cierto sentido, son los renovadores de la historia de la medicina en este país. Sin duda alguna, el origen está en Pedro Laín, pero estos dos profesores son los que la ponen al día y la difunden más. Son dos personajes que tienen una fe muy fuerte e ingenua en la ciencia. Piensan que la ciencia es la salvación de esa España bastante “mala” que teníamos por entonces, e insisten mucho en hacer un trabajo muy erudito, muy científico, con muchas conexiones con otros países, comprenden además la necesidad de abrirse al extranjero (lo cual era muy excepcional en la época). Realmente tanto esa fe como esos métodos de trabajo en historia de la medicina me influyeron mucho.

Aparte, en mi familia hay otras personas que también cultivaron la historia y que tuvieron repercusión sobre mí. Uno de ellos es mi primo Vicente Peset, un psiquiatra que, en los ratos libres, escribía sobre la historia de la psiquiatría y yo creo que sus trabajos, aún hoy día, son muy valiosos. Son trabajos poco conocidos, pero su conocimiento de la psiquiatría clásica y española es muy notable. Luego está mi hermano Mariano que es, sin duda, de mis familiares quien más me influyó intelectualmente.

Él hizo Derecho y luego Historia del Derecho. De él aprendo dos cosas. Aprendo, por una parte, la importancia que tiene la ley, las normas jurídicas para la historia. Muchas veces la ley es un texto vacío, que no tiene interés... Pero la ley, por un lado tiene un poder enorme sobre la sociedad -lo que no se puede olvidar- y por otra parte las fuentes jurídicas son abundantísimas, lo que permite enormes posibilidades, pues van desde un decreto que quizá no se aplica hasta unas discusiones en Cortes, o un juicio que realmente te habla mucho de la vida, de lo real. Quizá la ley no tanto, pero sí hablan de la viva realidad muchas actividades político-jurídicas.

Y otra cosa que aprendí con mi hermano es a trabajar en equipo, sobre variados temas, así sobre historia de la enseñanza. Muchos trabajos los he escrito en colaboración, forma fecunda de escribir en historia. Así, también, lo que escribí sobre historia de la Universidad con Elena Hernández Sandoica.

P.- *Y, una vez en Salamanca, el estudio y trabajo para la realización de tu tesis con el profesor Luis Sánchez Granjel, fue también importante ¿no? En un artículo tuyo (Peset, 2003) te refieres a la influencia no sólo del ámbito estrictamente académico sino también de amigables tertulias, grupos de amistad en el Colegio Fonseca, la recepción de nuevas lecturas e inquietudes que flotaban en aquel ambiente universitario de finales de los sesenta. Esa es una dimensión de la formación intelectual y afectiva, en espacios públicos, que a nosotros nos parece muy relevante y digna de seguirse. Si coincides con esta idea ¿qué crees que esa combinación del aprendizaje “formal” o reglado y el “informal” que tú viviste aporta al conocimiento? ¿Y a su socialización?*

R.- Yo llegué en otoño de 1969 a Salamanca. Aunque iba a doctorarme en medicina y cirugía, realmente ya pensaba especializarme en historia de la medicina. Entonces, mi relación, dentro de la Facultad de Medicina, fue fundamentalmente con Luis Sánchez Granjel. Él tenía, por una parte, un gran rigor —Granjel es un erudito extraordinario— y era también quien más había trabajado en historia de la medicina española. Su interés por nuestra propia historia era contagioso. Y tenía una revista — que, por desgracia, no duró mucho— que era *Cuadernos de historia de la medicina española*. Posiblemente al jubilarse Granjel se cerró, aunque tengo entendido que ha habido intentos de volverla a levantar. Es una pena porque esa dedicación a la historia de la medicina española tenía gran interés.

Otras relaciones las tuve con los que habitaban y frecuentaban el Colegio Fonseca. Éste era una institución muy importante que nos remite a los antiguos Colegios Mayores de las grandes Universidades (de Alcalá, de Valladolid, de Salamanca,...) y que eran lugares en los cuales se quería apoyar a los estudiantes pobres y a los estudiantes inteligentes. Luego estos Colegios cambian hacia un apoyo de ciertas sectas colegiales, de la Iglesia, de grupos de juristas o de políticos, para determinados alumnos. Y así derivan hacia grupos de presión.

Aunque también los Colegios del siglo XX tienen ese papel cultural heredado de su remoto origen. Por ejemplo, habréis leído en la prensa las peleas del Colegio San Juan Evangelista por sobrevivir; es un Colegio que introduce el Jazz en Madrid y ha tenido gran importancia en la cultura musical joven madrileña. Pues bien, el Colegio del Arzobispo Fonseca fue uno de los grandes “Mayores”, que luego se entrega a los clérigos Irlandeses (por eso se llama también Colegio de los Irlandeses), y éstos lo tienen hasta los años sesenta que es cuando lo recupera la Universidad. Luis Sánchez Granjel se interesa en la restauración y en los primeros años había una convivencia de estudiantes que se están graduando y profesores jóvenes —sobre todo— y menos jóvenes. Muchas actividades programadas no había, pero las charlas después de comer y después de cenar, para mí, fueron importantísimas. Allí, desde luego, empecé a leer marxismo y también literatura hispanoamericana. Es en esa época cuando se siente el “boom” de esta gran narrativa. Por allí pasaron gentes importantes como el portugués José Adriano de Carvalho, un gran amigo de España...

P.- Efectivamente, tú recuerdas esa amistad con José Adriano de Carvalho en el artículo, “Academias y Ciencias en la Europa Ilustrada”, al que nos referíamos en la pregunta ...

R.- Sí, una serie de personajes no solo importantes para Salamanca, sino también para España... Así Eugenio Bustos, Gloria Begué, Rafael Calvo, pasaron por allí. Guardo buenos recuerdos y buenos amigos, como Benjamín González, Carlos Fernández Corte, M^a. Concepción Vázquez de Benito, entre otros.

P.- En ese contexto realizas tu tesis de doctorado ¿Qué representa este primer trabajo académico en el conjunto de tu obra?

R.- Habéis publicado hace poco una entrevista con Antonio Viñao en la que él decía que los temas nunca se abandonan. A todos nos pasa eso. Hay temas que son constantes y así el estudio de la Universidad, para mí, es permanente en mi trayectoria intelectual. ¿Por qué? Por una parte porque con él empieza mi trabajo en archivo. El trabajo en archivo es fundamental y en historia de la ciencia se había hecho poco. Por ejemplo, López Piñero o Laín Entralgo no trabajan en archivo. García Ballester ya

comienza a hacerlo, pero en historia de la ciencia no era muy frecuente. Más bien se hacía historia de ideas, basada en lecturas de impresos.

Y, por otro lado, si nos ocupamos de ese tema es porque entonces se está acabando la Universidad franquista, la Universidad que crea Franco con la horrible ley de posguerra —creo que del cuarenta y tres—, la Ley de Ordenación Universitaria. Esta Universidad está dando sus últimas boqueadas y entonces se está planteando desde un falangismo liberal, o desde el *Opus Dei*, desde grupos tímidamente renovadores, y, naturalmente, desde la oposición, la necesidad de una Universidad distinta. En ese contexto se da la “Ley Villar”, la primera gran ley educativa desde la Ley Moyano de 1857, la cual afecta a todo el sistema educativo. Respecto a la Universidad se plantean aspectos relativos a cómo deben de ser los profesores, la forma de enseñar, los departamentos, se crean los ICEs, las universidades Autónomas,... que eran experimentos muy interesantes. Veíamos, por tanto, que era un tema que estaba vivo en ese momento. Bueno,... y sigue vivo, si juzgamos por el hecho de que cada dos por tres se están planteando nuevas leyes de educación.

P.- Si acudiésemos a un reconocimiento de autores españoles o extranjeros que han tenido una influencia en tu formación y en tu obra, como datos para entender esta misma obra ¿A quienes señalarías?

R.- Dentro de la historia de la medicina y de la ciencia a mí me han influido mucho, evidentemente, Pedro Laín Entralgo y José María López Piñero. Dentro de la historia social Juan Reglá y Antonio Domínguez Ortiz también influyeron en mí, o en nosotros... Luego en filosofía de la ciencia Thomas Kuhn y sus teorizaciones sobre las revoluciones científicas, sobre todo si se ve en un plano secuencial y vamos desde una orientación más internalista de Kuhn a los últimos epígonos (Feyerabend, Lakatos, sobre los que escribió Diego Ribes), en los cuales lo social y los contextos de producción están más presentes, en lugar de esa concepción más vaporosa de Kuhn sobre las ideas que están en las mentes,... Aunque realmente Kuhn estaba abierto a la sociología y no se queda en su libro pionero. Otro autor que nos impactó y hay que citar es Snow y su problema de *las dos culturas*, que abrió una polémica muy importante para lo que estamos hablando. Luego posiblemente volveremos sobre ello.

P.- *¿Cuál era el estado de la historia de la ciencia en España cuando tú finalizas el doctorado y cuando publicas, con tu hermano Mariano, las primeras obras sobre universidades españolas y “Muerte en España” (1972) o el estudio de la obra de C. Lombroso (1975)? Nos preguntamos si en la década de los setenta la historia de la medicina y de la ciencia en España se vio influida por cambios acaecidos en distintos órdenes de la vida social, política y cultural. Cambios que afectaron a la historiografía, a la educación, (acabas de señalar el gran cambio de la Ley General de Educación).*

R.- La historiografía, en ese momento, está sufriendo (o disfrutando) grandes cambios. Por ejemplo, siguiendo con Salamanca, no quiero olvidar que en esos meses (realmente estuve allí un año corto) conocí a Francisco Tomás y Valiente, que es un referente para el cambio de la historiografía del Derecho español. Y también la misma historia de la Universidad estaba cambiando. Por esa época Aguilar Piñal escribía sobre las reformas en la Universidad Ilustrada. Y, curiosamente, cuando yo estaba estudiando en el archivo había un señor que iba todos los días y que miraba, prácticamente, los mismos papeles que yo. Me llamó la atención y luego me enteré de que era Norberto Cuesta Dutari, un generoso e inteligente matemático, amante de Salamanca y que también se estaba interesando en la Universidad Ilustrada. También Sandalio Rodríguez escribió sobre ello.

La historiografía estaba cambiando mucho. En los años setenta aparecen dos o tres obras que a mí me impactan mucho. Se publica, por ejemplo, en 1975, la “Historia de la ciencia española” de Juan Vernet. Él y sus discípulos catalanes recogen una gran tradición del arabismo español que viene del siglo XIX y lo aplican a la historia de la ciencia árabe; también la herencia de Millás Vallicrosa, un maestro indiscutible. Estas aportaciones son de lo más destacable que se ha hecho en España en historia de la ciencia pues la ciencia árabe medieval, la ciencia en el tiempo de Alfonso X, es importantísima. Se publica también en 1970 “La medicina hipocrática” de Pedro Laín, un gran texto de historia de la medicina clásica y que, junto a “La historia clínica”, escrita con anterioridad, creo que son sus dos grandes obras. Y se publica también en 1979, “Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII”, de José María López Piñero, que constituye la aportación esencial sobre la ciencia española en el siglo de oro.

P.- ¿Puede distinguirse, aunque sea “grosso modo”, unos periodos en la historia de la historia de la ciencia en España? ¿Qué paradigmas y rupturas —si las hubo— cabría destacar?

La historiografía de la ciencia española sigue las pautas de la mundial. Se han producido cambios tan rápidos que nos encontramos ante metodologías acumulativas. Viñao también decía que se tomaba el método que se necesitaba en cada momento...

P.- Sí, cuando alude a la teoría como caja de herramientas...

R.- Claro, los cambios en la democracia, en la cultura española han sido tan brutales desde los setenta hasta aquí que mucho de ello está todavía vivo. Todo se enmarca en esos cambios sociales y políticos, también económicos, claro está, que se ponen en marcha en nuestra transición democrática. Aparte, la historia de la ciencia exige ciertos métodos que nunca se pueden abandonar. Pero bueno, en líneas generales se pueden considerar tres etapas. Una etapa de historia de las ideas que es la que se hereda de Pedro Laín, fundamentalmente, que es análisis internalista de los textos; una historia de la ciencia única y progresiva, que conlleva los criterios de la Ilustración sobre esa gran ciencia que camina siempre hacia su perfección. Otra social, que es influida de forma esencial por la corriente francesa de *Annales* y no menos por el marxismo. Con ello empieza a resquebrajarse esa unidad, pues los grupos sociales, las naciones, son consideradas, así como aspectos sociales, económicos, ideológicos... Luego, por influencia también de Francia y del mundo anglosajón se introduce la historia cultural que siguen otros jóvenes investigadores. Pero, repito, que hoy en día, hay historiadores que siguen analizando textos, otros que siguen preocupados de las relaciones de la economía y la sociedad con la ciencia, otros que se preocupan de la imagen, de la lectura. Coexisten, por tanto, distintas vías de aproximación a la historia de la ciencia.

P.- ¿El giro cultural ha hecho muchos estragos en la historiografía, ciertos excesos postmodernos, ...?

R.- Bueno, repito que hay viejos combatientes que siguen —que seguimos— con otros métodos y que no vamos a cambiar. En este momento la historia social de la

ciencia y, sobre todo la historia social de la medicina tienen un importante puesto. Claro, es lógico porque la medicina es una práctica y tiene que ocuparse de historiar a los enfermos, las enfermedades, las epidemias, los hospitales, la sanidad pública,... así en Granada o Valencia, Barcelona o Madrid. Es decir, contiene temas que la historia social agarra con mucha fuerza. Pero los métodos de la historia cultural están muy presentes. Por ejemplo, el mismo López Piñero se ha ocupado de la imagen en la historia de la ciencia, también el tema del viaje ha sido frecuente entre nosotros. Yo me interesé por José Celestino Mutis y otras expediciones científicas han sido tratadas por varios autores, como Antonio Lafuente que estudia la expedición de La Condamine en el siglo XVIII, Miguel Ángel Puig-Samper la expedición del Pacífico en el XIX; hoy, desde un punto de vista más culturalista Juan Pimentel ha trabajado también el viaje. Otros jóvenes, o no tan jóvenes, han trabajado la biografía, como José Pardo con una vida muy bien escrita de Zapata -que fue un médico ilustrado muy interesante- y Jon Arrizabalaga con la de Lluís Alcanyís —notable médico valenciano de origen judío—. Rafael Huertas se ha ocupado de la relación entre literatura y medicina; Juan Gutiérrez Cuadrado de la relación entre la lengua y la ciencia; interesantes grupos en Alicante y Tarragona, de las relaciones entre medicina y antropología... En fin, todos estos temas y otros han sido abordados.

P.- ¿Qué circunstancias explican la génesis de la creación de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias? Tal vez sería conveniente que nos dieras una visión y, si fuese oportuno, una interpretación a grandes trazos sobre la construcción del entramado institucional que soporta la investigación de historia de la ciencia en España.

R.- La historia de la ciencia está poco representada académicamente en España. Así como a partir de los años setenta, sí se han creado bastantes puestos de historia de la medicina en la Universidad, no ha sido así en el caso de historia de la ciencia. Ésta siempre ha quedado relegada a un complemento, a una asignatura opcional, un último capítulo de la historia de España. Siempre ha tenido muy poca presencia. Entonces, Santiago Garma, Víctor Navarro, Pedro Maset, Juan Sisinio Pérez Garzón y otros cuantos más, pensamos en crear una Sociedad. Ya había una Sociedad de Historia de la Medicina. Cogimos los estatutos de esta asociación, los actualizamos, tuvimos que ir al correspondiente ministerio para realizar los trámites de su legalización (que no

resultó sencilla) y,... así surgió la Sociedad Española de Historia de las Ciencias (luego se amplió a las Técnicas) que ha tenido bastante éxito; se creó la revista *Llull* que tiene una vida activa y prolongada. Creo que era lo que había que hacer porque la Universidad no es nada receptiva a la historia de la ciencia, ni las Facultades de Historia ni las Facultades de Ciencias.

P.- En tu opinión ¿cuales son las razones de tan escasa receptividad?

R.- Elaboramos muchas veces una historia de la ciencia española y una historia de la ciencia que es crítica. Eso no les conviene a los científicos, porque la “gran ciencia” se concibe con una historia de grandes personajes en continua perfección. Una historia que discuta eso no resulta conveniente. Y quizás son más proclives a la historia de grandes personajes en la que están tan solo —lo que, desde luego, no es poco— Arquímedes, Newton, Einstein, etc. Nosotros siempre hemos pensado que estábamos obligados a hacer también historia de la ciencia española. A toda la gente que ha trabajado conmigo siempre he aconsejado que hay que hacer historia de la ciencia española y universal. De ambas hay que ocuparse como reflexión crítica sobre el pasado. Centrarse en la historia española puede convertirse en una limitación, en un pequeño reducto, en una limitada atalaya; no ocuparse de ella, nos limita la posibilidad de efectuar una labor crítica y de utilidad. También el enfoque de la historia propia, como sucesión de grandes éxitos de nuestros antepasados, es una orientación pobre.

P.- Frente a esa falta de amparo académico a la historia de la ciencia, suponemos que hubo impulsos personales en la creación de tejido institucional. Suponemos, por ejemplo, que la creación, en 1985, del Instituto de Estudios Históricos y Documentales sobre la Ciencia, como centro mixto de la Universidad de Valencia y del CSIC, tiene detrás muchos afanes, institutos preexistentes, etc. Más allá de los avatares administrativos ¿Cuáles son los intereses intelectuales, las coincidencias, las necesidades objetivadas que llevan a esta fusión u otras similares?

R.- Bueno, ahí detrás (o ahí delante) está José María López Piñero. Él logró crear un Departamento de Historia de la Ciencia que me parece que es el único o uno de los únicos que como tal existe. Porque los Departamentos de Historia de la Medicina o de

Historia de la Ciencia, con la legislación actual, están en Departamentos pluridisciplinarios, con otras asignaturas, aunque no es mala la convivencia con otras disciplinas, cuando ésta es coherente. Pero en Valencia el Departamento que allí se creó es interfacultativo y está dedicado a la historia de la ciencia en diversas ramas, tiene una notable potencialidad. López Piñero supo aprovechar otro impulso a partir del interés del CSIC por la historia de la ciencia. Así, en esta institución hay núcleos interesados en esta disciplina en Valencia, en Barcelona, en Madrid y en Granada (el Instituto de Estudios Árabes también tiene investigadores que se ocupan de la medicina y la agricultura árabes). Como decía, López Piñero consiguió unir fuerzas y creó ese Instituto al que, además, añadió la preocupación por la documentación de la ciencia y de las historias clínicas. Es decir, supo aunar muchos intereses y concebir un proyecto que fue del agrado de la Universidad de Valencia y del CSIC.

P.- Por lo que has dicho y por lo que nosotros hemos detectado parece cosa cierta que la historia de la medicina y la historia de la ciencia tienen tradiciones, metodologías e intereses diferentes. También tiempos diferentes en su consolidación... ¿Cómo han evolucionado esas diferencias y sus procesos de integración? ¿Qué paradigmas y qué rupturas comparten?

Cada disciplina científica tiene sus exigencias. Puede depender, en buena parte, de si está más o menos formalizada. La historia de la matemática, por ejemplo, que es una disciplina muy formalizada, necesitará y exigirá en primer lugar un enfoque muy teórico, muy cuantitativo, internalista. Aunque las relaciones de las matemáticas con el poder y la sociedad, así como con otras disciplinas y sus propias aplicaciones, es estudio necesario.

Hay otras disciplinas que están menos formalizadas y además tienen una relación con la sociedad que obliga a otras aproximaciones. Hoy, por ejemplo, en las nuevas tendencias en historia de la medicina se estudia mucho la historia de los pacientes, de los enfermos... que conlleva una orientación antropológica, cultural y social. Otros aspectos, como la historia de la seguridad social, de la asistencia médica y la prevención, tienen incidencias importantes de la economía, la política o la sociología.

P.- Historias del enfermar, de los enfermos, como historias de vida,...

R.- Como historias de vida. Para ello se necesita trabajar en el archivo, insertar al paciente en una cultura y en unas formas de vida. Si estudiáramos una epidemia o un hospital necesitaríamos otras aproximaciones, enfoques económicos, políticos o de salud pública, temas de historia del derecho, cómo se crean los hospitales, quién manda y quién los gestiona,... Depende.

Volviendo al tema de las diferencias entre historia de la ciencia y de la medicina, vemos que en la tradición se separan con frecuencia sus puntos de vista. Esto se ve muy bien en un tema fundamental en la historia de las ciencias que es el de la Revolución Científica. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los grandes historiadores de la ciencia se ocupan de Newton, Galileo y la Revolución Científica. Sobre todo se ocupan de fijar estos cambios en la historia de la Física. Todo lo demás lo dejan fuera, tanto periodos importantísimos, como disciplinas enteras. Las ciencias de la vida podían quedar olvidadas. ¿Cuándo, por ejemplo, la historia natural hace su Revolución? Posiblemente sea con Darwin en el siglo XIX, y tal vez ocurre lo mismo con la medicina. Si bien las primeras novedades en estas disciplinas ocurren en el siglo XVIII, cuando los naturalistas estudian y describen los vegetales con el método de Linneo y cuando los médicos empiezan a abandonar a Galeno y a leer a los científicos, ponen en pie una clínica de observación, que estudia al paciente, tiene en cuenta la práctica y la eficacia de los remedios,... Como os digo, cada disciplina ha tenido sus problemas preferentes, su periodización propia y podemos ver que hay diferencias y hay cercanías.

P.- Cuando nos aproximamos desde fuera a la producción de autores como Albarracín Teulón, Laín Entralgo, López Piñero ..., y, desde luego, tú mismo y otros Peset, por citar algunos nombres; y cuando nos acercamos a publicaciones periódicas como Asclepio, Lull, Dynamis, Arbor, Cronos, ..., a las bases de datos, al número de investigadores asociados actualmente a la historia de la ciencia, sorprende ver el desarrollo que ha adquirido todo ello en España. ¿Qué líneas de actuación —y no sólo académicas sino en el orden divulgativo— sería deseable emprender para una mayor influencia entre historiadores, científicos, sociólogos, pedagogos, etc.?

R.- Sería muy interesante que se facilitaran las conexiones entre las instituciones de investigación y las instituciones docentes, porque, como os apuntaba al principio, muchas veces los investigadores no vemos la forma de enseñar lo que estudiamos. Es importante por ello la comunicación entre la Universidad y el CSIC, como lo sería una mayor conexión entre distintas Facultades y disciplinas, porque los departamentos universitarios frecuentemente son muy cerrados, no comunican entre ellos, igual que pasaba en el Consejo (CSIC). Aquí se ha intentado cambiar la organización de la investigación hacia equipos de trabajo, hacia líneas de investigación que vayan más por problemas o por interrogantes que por disciplinas. Esto parece interesante, aunque no sé en qué acabará porque estamos empezando. También en la Universidad están apareciendo los Masteres que podrán organizarse de forma interdisciplinar y ahí la historia de la ciencia tendría cabida. Hay así un Master para profesorado de secundaria, ...

P.- Pero ese Master no parece que esté diseñado en la línea que dices...

R.- Sí, pero como Masteres se van a crear muchos, tal vez en alguno quepa el enfoque interdisciplinar y... claro, el problema es que nuestras enseñanzas tienen un cuadro muy rígido por asignaturas, por fechas, por hechos... Hay que transformar todo eso en problemas que interesen a la gente, que tengan relación con nuestra situación en el presente.



P.- Antes citabas a Kuhn y en relación con el problema de las periodizaciones para la historia de la ciencia, nos preguntamos ¿Cómo abordar el problema de la periodización, cómo usar las categorías temporales, en una investigación no empirista? ¿Acaso tiene algún sentido hablar de la historia social de la medicina en el reinado de Alfonso XIII? ¿No impone el mismo objeto de investigación un molde temporal distinto a la mera sucesión de acontecimientos políticos como puede ser el reinado de un monarca? Es un asunto complejo, en el que nosotros venimos trabajando en el campo de la historia de la educación.

R.- Muchas veces cuando se habla, por ejemplo, de la medicina social o de la higiene pública en tiempos de Alfonso XIII o de cualquier otro reinado, responde a problemas de una tesis doctoral que ha habido que acotarla y se pone, sin más, un periodo... De todas formas hay personajes y hechos políticos que influyen mucho. En el periodo absolutista el poder tiene tal fuerza que hay que tenerlo en cuenta. Carlos III no es igual que Felipe V. Posiblemente no se deba la influencia a Carlos III, puede que sean sus ministros o lo que está ocurriendo en Europa en esos momentos. También las reformas científicas y docentes de Napoleón tienen peso por sí mismas. Desde luego, fueron los científicos de la época, herederos de una gran tradición, los que tuvieron la palabra. Pero no deja de ser un mérito que Napoleón se la concediera, a diferencia de Fernando VII. Y grandes acontecimientos como la muerte de Francisco Franco, hay que tenerlos en cuenta para hacer la historia de España y la historia de la educación. Sin embargo, lo que vosotros decís es cierto. Cada disciplina tiene su tiempo. Conviene también tener en cuenta si se trata de ciencias puras o de ciencias aplicadas. Por ejemplo, es muy distinto el hacer la historia de la física que tiene una velocidad de cambio vertiginosa, a la historia de la técnica. El arado romano dura siglos y siglos. Cuando se inventan la máquina de vapor, los motores, se perciben cambios importantes en tecnología. En Pedagogía también los grandes maestros como Rousseau, Pestalozzi o Froebel inducen cambios revolucionarios. Cada disciplina tiene sus propios tiempos, sus propios autores, sus propias obligaciones... Eso se vio muy bien con todas las discusiones sobre la Revolución Científica de Kuhn. Es realmente una discusión muy compleja la que se necesita para ver cuándo la ciencia se moderniza, cuándo llega el cambio y por qué se produce ese cambio. Curiosamente ahora la discusión sobre Revolución científica está más amainada, no se discute mucho, pero el cambio enérgico en ciencia —si no se quiere hablar de Revolución—

es un tema central en el que hay que insistir desde cada una de nuestras disciplinas. Y también desde las historias nacionales, sobre todo escribiendo desde un país que pasó desde la centralidad a la periferia científica.

P.- Pasemos ahora a tratar sobre algunas facetas de tu obra. En 1983 escribes “Ciencia y marginación: negros, locos y criminales”, también en el mismo año aparece “De la alquimia al panteísmo: Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX”, editado con Diego Núñez. En estas obras, como ya ocurría en otros trabajos anteriores, aparecen la cultura y la ciencia atravesadas por el problema de la marginación, del conocimiento como poder legitimador de “los amos” y, no pocas veces, de la dominación por violencia física o simbólica. Parece claro (y queda explicado en la última obra citada) que estas problematizaciones pertenecen a una historia crítica que exige ciertos principios metodológicos. ¿Cómo se relacionan en tu caso los problemas estudiados, las herramientas teóricas y tus propios intereses (los del sujeto que objetiva...)? ¿Han evolucionado con el tiempo estas variables?

R.- En mí, el interés familiar y personal por algunas disciplinas, como la historia de la medicina legal y la historia de la psiquiatría, coincide, además, con un momento en que la psiquiatría está sufriendo un cambio revolucionario. Después del inicio de la psiquiatría moderna de Philippe Pinel, la segunda mitad del siglo XX, con la antipsiquiatría, es posiblemente el siguiente gran hito en la historia de la psiquiatría. Además se unían a esos cambios los primeros descubrimientos de medicamentos efectivos sobre la mente humana —se puede estar a favor o en contra de éstos, pero ahí están—. Este cambio europeo se estaba produciendo aquí con mucho control, pues la imposibilidad de hacer psicoanálisis en España es muy llamativa; lo es esa persecución sistemática del franquismo contra el psicoanálisis, coincidiendo, claro está, con una serie de profesores que estaban en el poder académico que eran anti-freudianos. Bueno, se trata, en fin, de un momento en que la psiquiatría está chirriando bastante. Las malísimas condiciones de los hospitales psiquiátricos eran combatidas por una activa generación de jóvenes psiquiatras.

Entonces mi hermano y yo encontramos a un personaje olvidado, aunque en su tiempo fue muy importante, y que era Cesare Lombroso. Cesare Lombroso es en el siglo XIX como Freud en el siglo XX. Es un autor con el que se interpreta todo: la sociedad, la raza, el loco, el hombre de genio, el delincuente, los anarquistas, ... Es un

personaje que, por el contrario de Freud, no emplea el control de la mente sino el control del cuerpo, el control físico. En cierto sentido nuestros horribles manicomios del franquismo tienen que ver con esa psiquiatría y esa medicina legal tan duras —tan somáticas, tan orgánicas, contrarias al espíritu y a la libertad— que la escuela positivista italiana pone en marcha. De todos modos, no todo es desechable en esa escuela, pues ojalá la propuesta de que se estudiara bien al delincuente y al criminal, el deseo de que hubiera hospitales para delincuentes enfermos hubieran sido efectivos en nuestro país. Y entonces empiezo a leer a Michel Foucault... Más tarde nos relacionamos con el grupo que encabeza uno de sus colaboradores, Jean-Pierre Peter.

P.- Por lo que vienes diciendo, en este autor, precisamente, pensábamos ahora. En nuestras indagaciones genealógicas sobre la educación, nosotros hemos usado a Foucault y, por otra parte, a Bourdieu. La pregunta que teníamos pensado hacerte es ¿Hasta qué punto la genealogía al estilo de Foucault posee interés en tus investigaciones? ¿Problematizar el presente como punto de partida constituye un instrumento heurístico válido? ¿La historia comporta la problematización y deseterinización de nuestras formas de vida?

R.- Bueno, Bourdieu influye en el aspecto que vosotros habéis señalado, en el estudio de la formación y la profesión. En estos estudios los sociólogos desde Merton hasta Bourdieu han tenido gran importancia. Pero para el análisis de las ideas médicas es Michel Foucault el que ha influido mucho más. Este fin de semana he leído un trabajo de Mauricio Jalón sobre las últimas etapas e inéditos de Foucault (porque quedaban por publicar los cursos en el Colegio de Francia, que después de su muerte han ido apareciendo). Ha mejorado mucho con este rescate el conocimiento que teníamos sobre Foucault, por ejemplo en el tema del racismo que parece que lo trata en los cursos (aun no he leído éstos). En lo que insistía Jalón en ese último artículo al que me refería es en defender la racionalidad de Foucault. A Foucault se le descarta a veces como un irracionalista. Se dice que lo que hace es oponerse a la razón, que partiendo de Nietzsche desarrolla la irracionalidad. Jalón dice que Foucault lo que quiere hacer es montar una razón verdaderamente crítica, que sea capaz de problematizar nuestro presente para entender el pasado. Es autor de un libro titulado “El laboratorio de Foucault: descifrar y ordenar”, en el que aborda todos estos temas.

P.- Hay otros rasgos que nos parecen que han de ser destacados en tu obra. La combinación de un enfoque sociológico-genealógico con principios metodológicos de la recepción, es decir la valoración del pensamiento y de las aportaciones científicas en su contexto histórico, con el impacto real en su momento, libradas de las miradas del presente; y, por otra parte, la superación de las explicaciones internalistas mediante el análisis de las condiciones históricas que hacen del conocimiento una tradición selectiva, afectada por el poder, los elementos socioeconómicos, la ideología, el derecho, la política, etc... ¿Tal vez sean éstas y/u otras características las que a tu juicio deberían ser mencionadas?

R.- Si, una preocupación importante es huir del presentismo. Sobre todo del presentismo que entiende que la ciencia es una sola e intocable. Que lo que se dice hoy en un manual de ciencia, ya casi se sabía, es eterno, y se sabrá. De eso hay que huir. Y la otra perspectiva que tenemos que contemplar los historiadores de la ciencia, sobre todo los que nos hemos ocupado de países periféricos, es el problema de la recepción. Las culturas no centrales reciben también la ciencia moderna, la mejoran —o bien alteran— y la vehiculan. No se trata de lugares en que tan solo se encuentre ignorancia y barbarie. Desde luego, allí hay ignorancias, errores y, sobre todo, retrasos. Pero igual que en todas las culturas, sean centrales o sean periféricas. La cultura española no ha sido tan solo la cuna del racismo o de la marginación. En la historia de la ciencia anglo-sajona hay biólogos racistas tan peligrosos como los alemanes o los italianos. En ese sentido toda ciencia tiene “sus esqueletos en el armario”, como dicen aquéllos.

Hay que ir además con mucho cuidado al pensar que solo hay una ciencia y que además somos dueños de esa ciencia. Cuando se mira desde la periferia, esto se ve con mucha claridad. Porque los tiempos de recepción son distintos, las instituciones, los personajes a través de los cuales se hace la recepción del conocimiento, las interpretaciones que se hacen de los hechos son diferentes. En esto los españoles tenemos mucho que ahondar en la historia de la ciencia americana. Yo por ejemplo estudié un personaje que es un criollo mejicano, José Antonio de Alzate. Fue un clérigo ilustrado que está emparentado con Sor Juana Inés de la Cruz, que sabe de todo, que publica unas notables revistas y se le considera con razón uno de los introductores de la ciencia moderna en Méjico. Curiosamente, cuando llegan los sistemas de la clasificación modernos de la ciencia dominante a través de la cultura

española (que tampoco vienen de ella, sino de un sueco y un francés, entre otros) y que intentan imponerse, él dice que también allí se saben cosas. O sea, que él interpreta que hay una tradición propia y que además para Méjico y para otros países americanos esa tradición comprende también el mundo indígena; que ahí están los calendarios prehispanos como un saber astronómico importante, o los conocimientos agrícolas tradicionales y no se puede llegar arrasando con todo eso. Luego Alzate recapacita y cambia de actitud, en adelante se acepta a Linneo y Lavoisier. Por ello es tanto el padre de la modernidad mejicana, como el defensor de la historia y la cultura heredadas y propias. Pero es aleccionador tener en cuenta esa intromisión brutal que en el siglo XVIII hace la ciencia en los países periféricos.

P.- Ya antes indicabas que los enfoques críticos de los que seguimos hablando no han sido bien aceptados en la comunidad científica. Nosotros mismos, cuando debatimos las relaciones y diferencias metodológicas entre la investigación científica y la social entre colegas con formación en uno y otro campo, tropezamos frecuentemente con dificultades para enriquecer dialécticamente el conocimiento interdisciplinar. Suele aparecer como obstáculo la cuestión de “la verdad”, de la naturaleza de la objetividad en la producción historiográfica y la producción científica. Parece como si el estudio histórico de la ciencia minase las certezas de la ciencia y, reversiblemente, como si éstas desautorizaran el conocimiento de lo social por ser indisoluble de la subjetividad del investigador. Tú tienes amplia experiencia de trabajo en equipos interdisciplinares. ¿Se trata de competencias entre campos? ¿De falta de experiencia en la reflexión interdisciplinar?

R.- Hemos de remitirnos al problema de *las dos culturas* de Snow, que antes he traído a colación. Probablemente la ciencia se hace moderna en el siglo XVII, por lo menos para la Física. Pero es en el XVIII cuando se difunde por el mundo occidental, cuando la ciencia moderna llega a toda Europa y a América. Y entonces la ciencia se contamina o se asocia a otras disciplinas y a la vez empieza a ser, como se ha dicho, *una servidora del poder*. El ilustrado piensa que la ciencia es una palanca que mueve el mundo, que el poderoso la va a utilizar y cada vez va a hacerse mejor, más benéfica y más necesaria. Y esto se hereda en el siglo XIX y el positivismo lo engrandece. Con el ascenso de los totalitarismos, en la Segunda Guerra Mundial, por una parte con los campos de concentración, y por otra parte con la bomba atómica, se llega a una

situación que lleva a la escuela de Frankfurt a plantear que la ciencia tiene sus peligros. Que está al servicio del poder, que el científico olvida el mundo de los valores y que la ciencia debe estar para perfeccionar y no solo para dominar a la naturaleza, no solo para hacer negocios. Allí empiezan unas críticas a la ciencia que no son del gusto de los científicos. Pero ellos mismos se dan cuenta de que la ciencia no coincide con la verdad, que la verdad absoluta no existe y que hoy día toda la ciencia es incierta, estadística, probabilística, y que al hablar del electrón u otras partículas elementales, se está hablando de algo que poco tiene que ver con la verdad aristotélica e incluso la verdad newtoniana. Los científicos mismos ven que la *verdad* está en entredicho, pero cuando el profesor sale a explicar a la pizarra, planta la fórmula y se acabó. Olvidan que una mirada crítica debe cuestionar —como en cualquier actividad humana— la ciencia, tanto desde su interior, como desde sus relaciones con otras disciplinas, con el hombre y la sociedad.

P.- ¿Hay unas tendencias dominantes en la historia de la ciencia? ¿Se puede particularizar en áreas: España, Iberoamérica, Europa, USA, ...?

R.- Como os decía antes la historia de la ciencia ha evolucionado tanto y tan rápidamente que no puede hablarse de un país que haga determinado tipo de historia de la ciencia y tan solo éste. Sin embargo, sí es cierto que en su tradición la historia de la ciencia anglo-sajona era más empirista, la francesa y la alemana más filosóficas, más reflexivas. Pero curiosamente donde Foucault o Derrida tienen más éxito es en Estados Unidos. Yo creo que más que tendencias nacionales hay tendencias por intereses. Cuando en el Primer Congreso que convocó aquí en Madrid la Sociedad Española de Historia de las Ciencias se trajo a René Tatón, nos dijo algo importante que con frecuencia yo he repetido. Dijo que él presentaba una historia de la Ciencia distinta según con quien hablase; que los historiadores, los científicos y los filósofos le hacían preguntas diversas desde problemas diferentes y que él tenía que contestar de manera distinta. Así un filósofo se preocupaba por la ontología, por lo que era la realidad, cómo se llega a la realidad, y hoy se preocupa por la epistemología o la teoría del conocimiento, cómo se llega a la verdad y se evita el error. Al científico le preocupa el desarrollo interno y lógico de su saber, cómo las ecuaciones de segundo o tercer grado se han ido descubriendo a lo largo de la historia. En fin, al historiador, las relaciones del saber científico con la economía, la sociedad, la tecnología.

P.- Ya para ir concluyendo la serie de preguntas sobre tu trabajo y tu obra. En 2005 fuiste nombrado presidente del Bureau del Comité Internacional de Ciencias Históricas, que desde principios del siglo XX ha venido organizando congresos internacionales de historiadores. ¿Qué expectativas ofrece en el presente esta institución? ¿Desde qué orientación se prepara el congreso de Amsterdam para 2010?

R.- Esta institución tiene más de un siglo y se caracteriza por organizar los únicos congresos generalistas que hacen los historiadores, porque todos los demás congresos se hacen por especialidades, por épocas,... Estos congresos reúnen historiadores de todas las especialidades, si bien no todas están por igual representadas. Realmente luego hay más historiadores de la economía, de la política, de la demografía, más de contemporánea que de clásica, de la historia del arte o de la ciencia hay menos,...

Fue importante como foro de diálogo europeo y americano, así tras la Primera Guerra Mundial, cuando intelectuales de ambos bandos se habían enfrentado. Y no menos tuvo un papel importante de reunión entre historiadores del Este y del Oeste después de la Segunda Guerra Mundial, las conversaciones con historiadores del bloque soviético se hicieron especialmente mediante esta institución. Y ahora, para el congreso siguiente del 2015 parece que se va a proponer China como organizadora. En este momento, en que China aparece como la primera *vedette* del mundo, será interesante una apertura de la historiografía china, de la cual, excepto especialistas, muy poco se sabe. Y además aporta otra historia cultural y científica, bien distinta de la occidental.

P.- ¿Y para el congreso de Amsterdam?

R.- Para Amsterdam parece que hay buenas expectativas, aunque claro la crisis, nadie sabe por donde va a ir ... Afortunadamente Holanda es una nación con gran tradición y cultura, seguro que hay muchas inscripciones y pienso que todo saldrá bien. Se espera mucha historia política, social y económica y empieza a verse la emergencia de la historia cultural, anunciando un terreno de mucho futuro. Siempre la historia de la mujer está bien representada, también la historia de la enseñanza y el aprendizaje en sus distintos niveles.

P.- Y la historiografía de los países del tercer mundo ¿se incorpora ...?

R.- Sí. A ese respecto el congreso también es importante. Se favorecen enfoques globales. Es decir, no se trata de discutir, por ejemplo, la historia de la Revolución Francesa, sino la historia de las revoluciones, en muy diversos enfoques y contextos. Con esta propuesta se pretende que desde distintas épocas, distintos países, distintas especialidades se dialogue, dando cabida a todos. Porque también se va cada vez más hacia el diálogo, tiene mayor peso el coloquio en lugar de largas lecturas y exposiciones. Se ha puesto en marcha también un fondo solidario, para apoyar a países emergentes. Y no hay que olvidar el apoyo de importantes instituciones, como la UNESCO, que siempre han colaborado con esta institución. Es muy notable el papel de foro de diálogo entre culturas y continentes que tiene esta institución. Los congresos vienen celebrándose en Europa y América, pero ya en 2005 se abrió a un nuevo continente, en Sidney.

P.- Y los temas de educación histórica ¿están presentes? La preocupación por la enseñanza de la historia

R.- Desde luego, se discute sobre ese tema. Se insiste mucho en las nuevas metodologías históricas y también sobre la escritura y la didáctica de la historia, en la redacción de los manuales de historia, temas que van a estar presentes en varias sesiones: si se puede hacer una historia única, una historia por países, el problema de las periodizaciones, ... Orientaciones de gran pujanza ahora, como la historia cultural, la microhistoria, la biografía, la relación con los feminismos, etc, van a estar en sus sesiones.

Además hay una comisión internacional sobre historia y teoría de la historiografía que está presente en estos coloquios. Menos presencia tiene la historia de la ciencia, pues se entiende que hay foros, sociedades y congresos específicos para ella.

P.- Muy bien, pues al hablar de educación nos da pie para enlazar con un último y breve capítulo de esta agradable conversación, referido a la enseñanza. Aunque, como hemos comentado, en Fedicaria nos ocupamos de problemas que sobrepasan bastante el terreno pedagógico, no significa que hurtemos la reflexión sobre los

límites y posibilidades de una didáctica crítica y a ello volvemos recurrentemente. Desde esa orientación percibimos que la historia de la ciencia podría hacer interesantes aportaciones en las aulas. Sin embargo... los estudios sobre el conocimiento escolar nos dicen cómo la incorporación de estos, en la forma de asignaturas, sistemáticamente transforman el conocimiento en algo sin vida, en disciplinas desgajadas del saber que emerge en su contexto de producción,.. En fin, ese es un vasto problema que afectaría posiblemente a la historia de la ciencia en el caso de que fuese incorporada a los programas escolares. ¿Te has formado alguna opinión sobre ello?

R – El remedio al problema de las dos culturas es unirlos. Mientras caminen independientes y mientras el científico y el humanista se ocupen de sus cosas de forma independiente, no habrá solución. Hay que buscar sistemas que posibiliten una enseñanza pluridisciplinar; buscar la colaboración de los profesores, de los departamentos, abordar los problemas desde distintos enfoques. Es decir, se trata de hacer historia por problemas, no historia de grandes hechos, de fechas y datos. Problemas que quien los oye pueda vivirlos. Yo me acuerdo de una notable iniciativa de José M^a. López Piñero, cuando yo estudiaba medicina en Valencia. Se puso éste en contacto con distintos profesores de patología y al principio de cada capítulo de esta disciplina se hacía una introducción histórica. Si iba el profesor a hablar, por ejemplo, del aparato circulatorio, antes se explicaba cómo los descubrimientos acerca de la sangre habían evolucionado desde Galeno, Servet, etc. Eso era muy iluminador porque descontextualizaba y daba nuevas luces a lo que el profesor de patología iba a decir en las siguientes lecciones. Buscar problemas importantes para el día de hoy, como puede ser el de la energía nuclear, y relacionarlo con una visión histórica de la energía, sería una buena idea.

En este sentido quería contaros que estoy colaborando en un proyecto que está en relación con la recuperación de la memoria histórica que se está haciendo en varios institutos de Enseñanza Secundaria de España. Lo lleva Leoncio López-Ocón por parte del CSIC en colaboración con varias Universidades, Institutos y la Comunidad de Madrid...

P.- Precisamente mañana se celebra un encuentro o congreso en Guadalajara sobre el patrimonio de los Institutos de Enseñanza Media. Creemos que es la tercera edición ya.

R.- La Sociedad Española de Historia de las Ciencias empezó a interesarse en sus comienzos por los instrumentos del Instituto de San Isidro. Son unos instrumentos maravillosos, que proceden del Colegio Imperial de los Jesuitas, también de las compras ilustradas (Jorge Juan interviene para comprar instrumentos de Física) y de las hechas en los siglos XIX y XX. Incluso con Manuel Sellés y Antonio Lafuente organizamos una primera exposición sobre estos materiales, con motivo del congreso de la Sociedad en Madrid, al que me he referido. Ahora muchos de los primeros y más ricos están bien conservados en el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología. Lamentablemente no se pueden ver en todo su esplendor.

Lo que hablamos enlaza con las tendencias actuales de los historiadores de la educación que se ocupan de la realidad en el interior de las aulas, de la cultura material y la práctica pedagógica.

P.- Sí, alguno de nosotros se ha servido, en parte, de la historia cultural en investigaciones hechas en historia de la educación.

R.- Un colaborador de este proyecto de recuperación de materiales de los institutos históricos de Madrid, Santiago Aragón que está con colecciones de la antigua Sorbona con un equipo recuperando el patrimonio de historia natural allí, acumulado por los grandes naturalistas franceses, nos dice que los estudiantes se interesan mucho y que cuenta con abundante ayuda para realizar esa tarea de gran interés. Incluso hay interés científico, pues hay estudio del polen depositado en los ejemplares de los animalarios, sobre las enfermedades que podían tener, además de la contribución que a la historia de la ciencia y su enseñanza se pueda hacer....

P.- Por lo que vienes diciendo y dijiste anteriormente sobre la enseñanza basada en problemas, vemos que tenemos muchas coincidencias en la reflexión pedagógica. En Fedicaria defendemos una didáctica crítica que organice el conocimiento a partir de problemas sociales relevantes, como hizo la mejor tradición de pensamiento social. ¿Sería posible pensar en una enseñanza de la historia de la ciencia y/o de la

medicina tomando como base los problemas que hoy nos afectan? ¿Sería posible combinar una investigación comprometida con el presente con una educación que defendiera ese mismo compromiso?

R.- Desde luego hay que huir de la enseñanza memorística, obligar al estudiante a memorizar datos o evoluciones muy pormenorizadas de la ciencia no ayudaría mucho. Hay que detectar esos problemas fuertes del mundo actual. Por ejemplo, si ahora hay problemas de racismo, hay que estudiar cómo muchas veces la biología ha fomentado el racismo y otras ha servido de escudo contra él. Así, las teorías biológicas —las del mismo Darwin— pueden ser empleadas para afirmar que las diferencias o cambios —o bien esa supervivencia del más apto— significan el dominio de una raza sobre otras, para afirmar que el negro es inferior, el blanco superior y el amarillo, intermedio... El racismo, con las crisis, va a ser cada vez más un problema gravísimo en España y en Europa, agudizado por momentos de miedo. Y otros muchos temas son apremiantes hoy, como la salud y la enfermedad, el valor y el uso de la tecnología, la elección y el empleo de las distintas energías, la preservación de la naturaleza y de las culturas heredadas,...

P.- También hay una historia crítica de la educación. Tu mismo, hace tres décadas, junto a Juan Sisinio Pérez Garzón y Santiago Garma, en “Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa” (1978), estudiasteis los motivos e intereses de la burguesía liberal en la formación de nuestro sistema de enseñanza y disteis cuenta no sólo de la precariedad de la ciencia y la técnica hispana en el XIX, sino de la pobreza general de la enseñanza científica (profesorado, manuales, ...).

R.- Sí, ese trabajo lo presentamos en Pau, en una de las reuniones organizadas por Manuel Tuñón de Lara. Está dentro de aquella reflexión marxista de los años setenta y sobre las disputas acerca de la revolución burguesa. Es interesante la parte, que hizo sobre todo Juan Sisinio, que se ocupa de cómo los progresistas van introduciendo las escuelas y los institutos, van obligando a los Ayuntamientos y a la Diputaciones a atender la enseñanza, de cómo se van redactando una serie de manuales queriendo apoyar la enseñanza de la agricultura junto con la enseñanza de la Constitución, eran manuales para formar ciudadanos trabajadores, para el inicio de una enseñanza técnica y laboral. También en ese libro se analiza cómo la burguesía va introduciendo

la nueva ciencia y la nueva técnica y cómo se va relacionando todo ello con la política.

P.- Pues llegamos al final. Es muy satisfactorio constatar que tenemos una amplia coincidencia en los asuntos que hemos abordado. Por nuestra parte es todo. Quizás tú puedas añadir algo que con nuestras preguntas no hayamos sabido extraer.

R.- Lo único que añadiría es que la ciencia ha de enseñarse junto a los valores sociales; que la razón es un instrumento de los grupos humanos que puede utilizarse en variados sentidos y la opinión que esos grupos tengan sobre los valores es fundamental. Solo uniendo ciencia, historia y ética se puede emprender una buena enseñanza científica.

Y, una vez más, daros las gracias.

P.- Hemos terminado. Tienes ya entre nosotros asegurado un grupo de navegantes contra la corriente que ha de hacer solidariamente tuyas tus enseñanzas. Allí hasta donde nuestras ideas y nuestra acción puedan llegar, irán enriquecidas con el sugestivo arsenal que has acumulado en tu obra. Confiamos, conscientes de las dificultades, en que siempre es posible avanzar en el conocimiento rompiendo fronteras. Muchísimas gracias por tus atenciones, y por lo que todo lo que aportas a esa inacabable batalla que ha de librar una ética consustancial al pensamiento crítico.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA DE JOSÉ LUIS PESET

Se ofrece a continuación una selección de trabajos publicados que aparece separada en tres bloques: libros, capítulos de libros y artículos. En el texto precedente, las citas remiten exclusivamente al de libros. Cuando se trataba de un artículo o capítulo de libro, las correspondientes referencias se encontraban en las notas que figuran al final del mismo texto. De esta forma se facilita la consulta de las fuentes, al tiempo que se ofrece una muestra representativa de la obra de J. L. Peset.

LIBROS

PESET, M.; PESET, J. L. (1972): *Muerte en España*, Madrid, Seminarios y Ediciones

PESET, M.; PESET, J. L. (1974): *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Taurus

PESET, J. L.; PESET, M. (1975a): *Cesare Lombroso y la escuela positivista italiana*, Madrid, C.S.I.C

PESET, M.; PESET, J. L. (1975b) *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva

PESET, J. L.; GARMA, S.; PEREZ GARZÓN, J. S. (1977a): *Ciencia y enseñanza en la revolución burguesa*, Madrid, Siglo XXI

PESET, M.; MANCEBO, M^a. F.; PESET, J. L.; AGUADO, A. M^a (1977b-1978): *Bulas, Constituciones y Documentos de la Universidad de Valencia*, 2 v., Valencia, Universidad de Valencia

NUÑEZ, D.; PESET, J. L. (1983a): *De la alquimia al panteísmo. Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Editora Nacional

PESET, J. L. (1983b): *Ciencia y marginación: negros, locos y criminales*, Barcelona, Crítica.

PESET, J. L.; HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1983c): *Estudiantes de Alcalá*, Alcalá de Henares, Madrid, Ayuntamiento de Alcalá de Henares

PESET, J. L.; PESET, M. (1983d): *Carlos IV y la Universidad de Salamanca*, Madrid, C.S.I.C.

PESET, J. L. (Coord.) (1984): *Enfermedad y castigo*, Madrid, C.S.I.C.

LAFUENTE, A.; PESET, J. L. (1985a): *Maupertuis o el orden verosímil del cosmos*, int., est. y trad., Madrid, Alianza

PESET, J. L. y otros (1985b): *Pasado, presente y futuro de la Universidad española*, Madrid, Fundación Juan March

PESET, J. L. (1986b): "Introducción" en E. Muñoz, F. Ornia, *Ciencia y tecnología: una oportunidad para España*, edición de J. L. Peset y A. Elordi, Madrid, Aguilar, Ministerio de Educación y Ciencia

PESET, J. L. (1987): *Ciencia y libertad. El papel del científico ante la Independencia americana*, Madrid, C.S.I.C.

SELLES, M.; PESET, J. L.; LAFUENTE, A. (Comp.) (1988): *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid, Alianza

PESET, J. L. (Ed.) (1989b): *Culturas de la Costa Noroeste de América*, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Turner Libros

PESET, J. L. (Coord.) (1989c): *Ciencia, Vida y Espacio. Trabajos del programa movilizador del C.S.I.C. "Relaciones científicas y culturales entre España y América"*, 3 vols., Madrid, C.S.I.C.

HERNÁNDEZ SANDOICA, E.; PESET, J. L. (1990): *Universidad, poder académico y cambio social (Alcalá de Henares, 1508 – Madrid, 1874)*, Madrid, Consejo de Universidades

PESET, J. L.; GRACIA, D. (Eds.) (1992): *The Ethics of Diagnosis*, Dordrecht, Boston, London, Kluwer Academic Publishers

PESET, J. L. (1993): *Las heridas de la ciencia*, Valladolid, Junta de Castilla y León

GUTIERREZ CUADRADO, J.; PESET, J. L. (1997): *Metro y kilo*, Madrid, Akal

PESET, J. L. (1999): *Genio y desorden*, Valladolid, Cuatro Ediciones

GARCÍA BALLESTER, L.; LÓPEZ PIÑERO, J. M^a.; PESET, J. L. (2002): *La ciencia y la técnica en la corona de Castilla*, 4 vols., Valladolid, Junta de Castilla y León

CAPÍTULOS DE LIBROS

PESET, J. L. (1975): "El carácter de los valencianos y el fin del Antiguo Régimen", *Homenaje al Dr. Juan Reglá Campistol*, Valencia. Universidad de Valencia. Vol. 2, 247-259

PESET, J. L. (1982): "Ciencia, nobleza y ejército en el Seminario de Nobles de Madrid (1770-1788)", *Mayans y la Ilustración*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 519-535

PESET, J. L.; LAFUENTE, A. (1987): "El conocimiento y el dominio de la naturaleza: la ciencia y la técnica", *Historia de España Menéndez Pidal*, t. 31-1, Madrid, Espasa Calpe, 349-394

PESET, J. L. (1991): "La crisis de la seguridad social", *La ofensiva neoliberal y la sanidad pública*, Madrid. Fundación de Investigaciones Marxistas, 79-88

PESET, J. L. (1993): “On the History of Medical Causality”, en C. Delkeskamp-Hayes, M. A. Gardell Cutter (Eds.), *Science, Technology, and the Art of Medicine*, Dordrecht, Boston, London, Kluwer Academic Publishers, 57-74

PESET, J. L. (1994): “The Reception of Modern Scientific Mining in Enlightened Mexico”, A. K. Craig y R. C. West (Ed.), *In quest of mineral Wealth*, Geoscience and Man 33, Baton Rouge LA, Louisiana State University, 233-251

PESET, J. L.; HERNANDEZ SANDOICA, E. (1994): “Instituciones científicas y educativas”, *Historia de España Menéndez Pidal*, t. 39-2, Madrid, Espasa Calpe, 545-580

PESET, J. L. (1994): “El espacio americano y el nacimiento de la Geografía médica”, en M.-C. Bénassy y otros (Coords.), *Nouveau Monde et Renouveau de l'Histoire Naturelle*, Paris-CIAEC, Madrid-CSIC, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 221-245

PESET, J. L. (1995): “La nueva medicina, La ilustración castellana y la ciencia moderna y El liberalismo y la ciencia castellana”, en García Simón, A. (Ed.), *Historia de una cultura II. La singularidad de Castilla*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 769-816

PESET, M.; PESET, J. L. (1996): “Poder y reformas de la Universidad de Salamanca en tiempos de Carlos III”, E. González (ed.), *Historia y Universidad. Homenaje a Mario Lorenzo Luna*, México, UNAM, 457-480

PESET, J. L. (1997): “Le Muséum et la Couronne Espagnole”, C. Blanckaert et al., *Le Muséum au première siècle de son histoire*, Archives du Muséum National d'Histoire Naturelle, Paris, 569-580

PESET, J. L. (2000): “Hippocrate dans l'Espagne éclairée”, en R. Andréani, H. Michel, E. Pélaquier, *Hellénisme et Hippocratisme dans l'Europe méditerranéenne: autour de D. Coray*, Université Paul Valéry, Montpellier, 187-194

PESET, J. L. (2001): “Símbolos e ideas en torno al concepto de naturaleza”, P. Aceves (Ed.), *Periodismo científico en el siglo XVIII: José Antonio de Alzate*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 67-77

PESET, J. L. (2001): “La Universidad hoy: visión de futuro”, J. Danón (Ed.), *La enseñanza de la Medicina en la Universidad española*, Barcelona, Fundación Uriach, 105-121

PESET, J. L.; HERNANDEZ SANDOICA, E. (2001): “La recepción de la cultura científica en la España del siglo XX: la Universidad”, A. Morales (Ed.), *Las claves de la España del siglo XX. La cultura*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 127-151

PESET, J. L. (2003): “Las polémicas de la ciencia española”, D. Gracia (Ed.), *Ciencia y vida*, Bilbao, Fundación BBVA, 183-204

PESET, J. L. (2003): “La educación y la renovación del saber en Benito Jerónimo Feijoo”, I. Urzainqui (Ed.), *Feijoo, hoy (Semana Marañón 2000)*, Oviedo, Fundación Gregorio Marañón, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 225-238

PESET, J. L. (2003): “La prensa científica y los científicos en el fin de la colonia”, en C. A. González; E. Vila (Comp.), *Grañas del imaginario*, México. Fondo de Cultura Económica, 480-489

PESET, J. L. (2004); “La ciencia moderna y la nueva dinastía y La ciencia en la Real Biblioteca”, en E. Santiago (Dir), *La Real Biblioteca Pública 1711-1760*, Madrid, Biblioteca Nacional, 76-86 y 317-333

PESET, M.; PESET, J. L. (2004): “Educación y Universidades”, E. Serrano (Ed.), *Felipe V y su tiempo Congreso Internacional*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, C.S.I.C., Diputación, 525-547

PESET, J. L. (2004): “Élites municipales y medidas: el informe de Toledo de 1758”, en J.-P. Dedieu, Bernard Vincent (Eds.), *L’Espagne, l’État, les Lumières. Mélanges en l’honneur de Didier Ozanam*, Madrid, Burdeos, Casa de Velázquez, Maison des Pays Ibériques, 287-298

PESET, J. L. (2005): “La tradición clásica en la Medicina”, en J. Signes Codoñer y otros (Eds.), *Antiquae Lectiones. El legado clásico desde la antigüedad hasta la revolución francesa*, Madrid, Cátedra, 534-540

PESET, J. L. (2005): “Giuseppe Sergi y el fin del risorgimento italiano”, en Marisa Miranda, Gustavo Vallejo (Comp.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores, 351-361

PESET, J. L. (2005): “José Celestino Mutis, padre de la ciencia colombiana”, en Javier Puerto (Dir.), *Ciencia y técnica en Latinoamérica en el período virreinal*, 2 v., Madrid, CESCE, S.A., II, 487-517

PESET, J. L. (2007): “Cajal y las ciencias Bio-médicas”, M. A. Puig-Samper (Ed.), *Tiempos de investigación. JAE/CSIC*, Madrid, CSIC, 55-68

PESET, J. L. (2007): “Preciados saberes en el despertar de mundos nuevos”, en *Biblioteca Hispánica. Obras maestras de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Biblioteca Nacional, 223-237

ARTÍCULOS EN REVISTAS

PESET, M.; PESET, J. L. (1967): “Legislación contra liberales en los comienzos de la década absolutista”, *Anuario de Historia del Derecho español* 37, 437-485

PESET, J. L.; PESET, M. (1968): “Salarios de médicos, cirujanos y médicos-cirujanos rurales en España durante la primera mitad del siglo XIX”, *Asclepio* 20, 235-245

PESET, M.; MANCEBO, P.; PESET, J. L. (1971): “Temores y defensa de España frente a la peste de Marsella de 1720”, *Asclepio* 23, 131-189

PESET, J. L.; CARVALHO, José A. de (1972): "Hambre y muerte en Salamanca. Estudio de la repercusión de la crisis de subsistencias de Salamanca de 1803-1805", *Asclepio* 24, 225-266

PESET, J. L. (1972): "En busca del alma mater universitaria", *Revista de Occidente* 112, 68-78

PESET, M.; PESET, J. L. (1972): "Cultivo de arroz y paludismo en la Valencia del siglo XVIII", *Hispania* 121, 277-375

PESET, J. L. (1973): "Reforma de los estudios médicos en la Universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco de 1786", *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* 12, 213-264

PESET, J. L.; ALMELA, M. (1975): "Mesa y clase en el Siglo de Oro español: la alimentación en el Quijote", *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* 14, 245-259

GARCIA MONERRIS, C.; PESET, J. L. (1977): "Los gremios menores y el abastecimiento de Madrid durante la Ilustración", *Moneda y Crédito* 140, 67-97

PESET, J. L.; PESET, M. (1978): "Epidemias y sociedad en la España del fin del Antiguo Régimen", *Estudios de Historia Social* 4, 7-28

PESET, J. L. (1978): "Carlos Jiménez Díaz: Memoria sobre el estado nutritivo de la población madrileña", *Estudios de Historia Social* 5-6, 401-465

PESET, J. L. (1978): "Capitalismo y medicina: ensayo sobre el origen de la seguridad social", *Estudios de Historia Social* 7, 185-216

PESET, M.; PESET, J. L. (1979): "Los gastos públicos de enseñanza en España (1842-1875)", *Hispania* 39, 671-683

PESET, M.; MANCEBO, M. F.; PESET, J. L. (1979): "La población universitaria de Valencia durante el siglo XVIII", *Estudis d'Historia Contemporania del País Valencià* 1, 9-42

PESET, J. L.; NUÑEZ, D. (1980): "Filosofía, ciencia y alquimia en la Ilustración española", *Cuadernos Hispanoamericanos* 359, 371-393

PESET, J. L.; HERNANDEZ SANDOICA, E.; GUTIERREZ CUADRADO, J. (1980): "Teatro y política en el 98", *Senara* 2, 187-228

PESET, J. L. (1985): "Por una mejora de la investigación hospitalaria", *Arbor* 471, 79-83

LAFUENTE, A.; PESET, J. L. (1985): "Museo, o la lucha por las ciencias", *Arbor* 474, 33-58

PESET, J. L.; HERNANDEZ SANDOICA, E. (1986): "Pavlov en España", *Arbor* 486, 47-64

PESET, J. L.; HUERTAS, R. (1986): "Del "ángel caído" al enfermo mental: sobre el concepto de degeneración en la obra de Morel y Magnan", *Asclepio* 38, 215-242

HERNANDEZ SANDOICA, E.; PESET, J.L. (1987): "Lain en la Universidad de Madrid", *Cuadernos Hispanoamericanos* 446-447, 87-117

PESET, J. L. (1987): "La naturaleza como "símbolo" en la obra de José Antonio Alzate", *Asclepio* 39, 285-296

PESET, J. L. (1988): "El Real Consejo de Instrucción Pública y la Restauración Canovista", *Hispania* 48, 170, 989-1030

PESET, J. L. (1988): "Ciencia y poder en la polémica entre Maupertuis y Voltaire", *Asclepio* 40, 163-178

PESET, J. L. (1991): "Política y educación en la correspondencia familiar de Philippe Pinel", *Llull* 14, 589-602

PESET, J. L. (1993): "Gabriel Císcar y el Sistema métrico decimal", La escuela naval militar en el cincuentenario de su traslado, *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval* 21, 39-48

ALVAREZ, R.; HUERTAS, R.; PESET, J. L. (1993): "Enfermedad mental y sociedad en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX", *Asclepio* 45, 41-60

PESET, J. L. (1995): "La botánica en las expediciones científicas españolas", *Asclepio* 47, 11-26

PESET, J. L. (1996): "El Jardín Botánico de Madrid y sus relaciones con Francia", *Asclepio* 48, 59-70

PESET, J. L. (2000): "Alejandro de Humboldt, héroe y científico en la Independencia americana", *Debates y perspectivas* 1, 55-66

PESET, J. L. (2001): "Genio y degeneración en Gina Lombroso", *Frenia* 1,1, 121-128

PESET, J. L. (2003): "Maupertuis: el viajero diseñador de nuevos mundos", *Revista de Occidente* 260, 7-23

PESET, J. L. (2003): "La historia de la psiquiatría vista por un historiador", *Átopos. Salud mental, comunidad y cultura* 1,1, 25-32

PESET, J. L. (2003): "La revolución hipocrática de Philippe Pinel", *Asclepio* 55, 263-280.

PESET, J. L. (2005): "Ciencia y vida: ¿Una imposible conjunción?", *Asclepio* 57, 9-21

PESET, J. L. (2005): “Dynamis en sus 25 años”, *Dyamis* 25, 25-45

PESET, J. L. (2006): “Salud y marginación”, *Eidon* 20, 50-56

PESET, J. L. (2006): “La gallina ciega, entre la realidad y la política”, *El Correo de Euclides. Anuario científico de la Fundación Max Aub* 1, 358-370

PESET, J. L. (2007): “Pío Baroja, ese pequeño buscador de almas”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 27-1, 161-167

ARTÍCULOS EN REVISTAS EXTRANJERAS

PESET, M.; PESET, J. L. (1968): “El aislamiento científico español a través de los índices del inquisidor Gaspar de Quiroga de 1583 y 1584”, *Anthologica Annua* (Roma) 16, 25-41

PESET, J. L. (1974): “La influencia del Barbadiño en los saberes filosóficos españoles”, *Bracara Augusta* (Portugal), 28, 223-246

PESET, J. L. (1975): “Y los centauros abandonaron la tierra”, *Quirón* (La Plata) 6, 117-131

PESET, M.; PESET, J. L. (1977): “Vincent Vives y la historiografía del derecho”, *Ius Commune* (Frankfurt am Main) 6, 176-262

LAFUENTE, A.; PESET, J. L. (1981): “Política científica y espionaje industrial en los viajes de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748-1751)”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Madrid-París) 17, 233-262

PESET, J. L. (1982): “José Ingenieros y el nacimiento de la medicina legal en la Argentina”, *Quirón* (La Plata) 13, 36-39

LAFUENTE, A.; PESET, J. L. (1984): “La question de la figure de la terre. L'agonie d'un débat scientifique au XVIIIe siècle”, *Revue d'Histoire des Sciences* (París) 37, 235-254

PESET, J. L. (1987): “Historia de la ciencia e historia de la cultura”, *Linguas e Literaturas* (Portugal) 1, 91-109

PESET, J. L. (1996): “Jurists versus Doctors: the Birth of Legal Medicina in the US”, *History of Psychiatry* (U.K.) 7, 299-317

PESET, J. L. (2003): “Academias y ciencias en la Europa Ilustrada”, *Península. Revista de Estudios Ibéricos* (Portugal) nº 0, 391 - 400

PESET, J. L. (2008): “Clérigos y médicos ante la muerte”, *Via Spiritus* (Portugal) 15, 2008, 21-33